

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



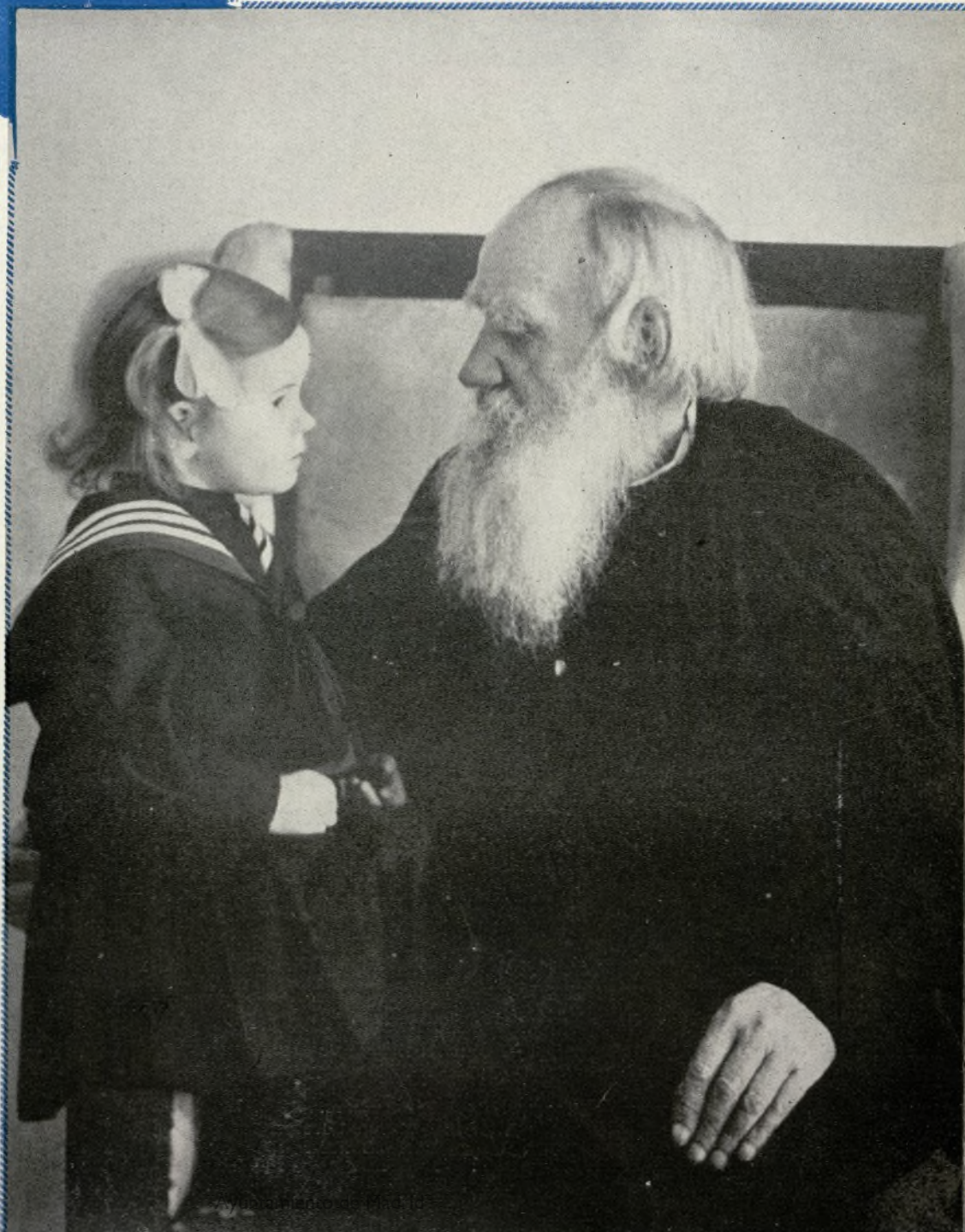
G. Esgleas : Impulso anarquista. — Marc Slonin : Una reunión de Oriente y Occidente. — Juan Lazarte : Superpoblación mundial y limitación eficiente. — Alexandra Tolstoi : Yo vi morir a Tolstoi, mi padre. — A. Samblancat y T. Salvador : Payeses de remensa. — J. Ruiz : Ideas sobre educación. — Opiniones sobre Tolstoi y detalles de su vida. — Mariano Viñuales : El abuelo Carafles y la muerte. — Denis : El naturalista. — Alberto Carri : Reclusiana del agua. — José Peirats : El anarquismo científico de Kropotkin. — Puyol : Aquella vieja... — J. Alaudó : El Tolstoi que yo conozco. — M. Celma : La vida y los libros. — Suno : Microcultura.

119

NOVIEMBRE · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



NUESTRA PORTADA

Lev Nicolaevich, conde León Tolstoi. Nació el 8 de septiembre de 1928 y murió el 7 de noviembre de 1910.

Actualmente se conmemora por todo el mundo el cincuentenario de su muerte.

La vida de Tolstoi es un caso. Un caso universalmente comentado aunque no muy analizado y detallado. Es, desde luego, una vida extraordinaria, sin par en la historia moderna. En los anales del Movimiento Libertario merece un lugar al lado de Bakunin y al lado de Kropotkin, tríptico inseparable por muchos conceptos, principalmente por el origen, el carácter, el ideal y la conducta.

Tolstoi, por ser hijo de la princesa Volkonski pudo verse en trance de ser zar de Rusia. Conde y gran propietario de tierras, gran creyente, reniega de la religión, de los títulos, de los bienes y, viendo en la familia los mayores opositores a la realización de su ideal, viejo ya, rompió hasta con la familia.

Electo para el primer premio Nobel lo rechazó. A medida que iba adentrando en la vida, le desesperaba su impotencia para romper las cadenas de la falsa moral reinante y de la iniquidad de los hombres y de los estamentos.

«Los Cosacos», «Infancia», «La potencia de las tinieblas», «Qué es el arte», «Resurrección», «La sonata a Kreutzer», «Ana Karenina» y sobre todo «Guerra y Paz», han sido perlas de oro legadas a la humanidad.

En la portada se le ve entretenido con su nieta, mirándose e interrogándose mutuamente. ¡Es el porvenir consultando al pasado! ¡Ley del kronos eterna... diferente siempre... y siempre la misma!

CENIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Valina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.
Semestre, 5.50 NF. Año, 11 NF.

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

Impulso anarquista

por Germinal ESGLEAS

A anarquía no puede realizarse al margen del individuo, de la Vida, de la Etica, de la Ciencia — resumen y compendio de todos los conocimientos humanos en su ritmo ascensional ilimitado — no puede pasarse de la Realidad.

El primitivismo o infantilismo mental podría hacernos creer en milagrerías. Los sueños más maravillosos no pasarían de sueños si no pudieran estar en íntima cohesión con la Vida.

El ideal anarquista no es una abstracción, entelequia pura. Es realidad en el individuo y en el núcleo social; es energía espiritual, consciencia humana, ética aplicada, savia psicológica viviente, sangre en el ser o no es nada en el hombre.

Cuando los anarquistas hablamos de revolución no nos pagamos de palabras. Sabemos que la revolución no es ni puede ser obra de prestidigitación. La taumaturgia política puede hacer caer a las multitudes en ilusiones que han de producir más tarde profundas decepciones, tremendos desengaños. Nosotros, anarquistas, hemos de despertar en los hombres el sentimiento de su propia responsabilidad individual. Sin consciencia libertaria y sin preparación anarquista suficiente la marcha del mundo hacia una transformación social efectiva se verá constantemente retardada.

La mejor forma de batir al fascismo es el de oponerle una sólida consciencia individual libertaria. La energía que ésta es susceptible de desarrollar en el combate por la libertad supera a la de todas las bombas bikinazantes. Haced que las formaciones de hombres libres se sucedan vigorosamente y la revolución saldrá triunfante de todas las pruebas, las fuerzas brutales, las fuerzas del mal, la barbarie, no podrá imponerse a la Humanidad. Para ello es indispensable preparar el terreno, el clima propicio para que el hombre libre se desarrolle. Y el terreno de la libertad no puede prepararse haciendo concesiones al fascismo, a las co-

rrientes autoritarias, totalitarias, reaccionarias. Los anarquistas hemos de procurar anarquizar al mundo sin caer en el simplismo de creer que el mundo va a marchar enteramente de acuerdo con nuestras concepciones.

ES UN PERIODO IDEOLOGICO QUE ENCIERRA LA LARVA DEL FASCISMO EL CREER EN LA UNILATERALIDAD DE LA REVOLUCION

El querer imponer esa unilateralidad engendrará siempre la tiranía.

La revolución social preconizada por los anarquistas que somos partidarios de ella, respetando las opiniones de los que discrepen de nuestro sentir, debe ser una revolución sustancial, que remueve realmente las bases de la sociedad, que destruya cuanto en ella hay de malo, de carcomido, de defectuoso y no una revolución simplemente verbalista, con declaraciones impecables de derechos prescriptibles, de libertades proclamadas con fraseología altisonante, traducido todo en la realidad a cero. Y el estallido de la revolución con esa concepción anarquista de amplio horizonte y de perspectiva histórica ilimitada, tendrá múltiples expresiones. El papel de los anarquistas, en este caso, es el de procurar que cada una de ellas esté impregnada de savia libertaria, que en medio de su vasta gama de matices conserven un fondo esencial libertario coherente, hijo de la consciencia individual anarquista, fruto del sentido de responsabilidad directa, de la participación activa de cada uno en la obra común de transformación social y de renovación del mundo.

Las defensas de la libertad están en el ideal y en el individuo, están en la propia vida y están en la naturaleza. Pero hay que ampliarlas, que desarrollarlas a base de la preparación individual consciente. Sin formación intelectual, sin formación cultural, sin formación ética, el individuo va a la deriva. Sería necedad insigne

figurarse que por el hecho de llamarse anarquistas y de proclamar que perseguimos como finalidad la Anarquía, hemos resuelto ya todos los problemas. El mundo se pasaría tranquilamente sin nosotros si no fuéramos capaces de ofrecerle las formas de convivencia social más acordes con el sentir y con la naturaleza misma del hombre, con sus necesidades de libertad y de bienestar, que tienen raíz biológica.

NO HAY QUE CAER TAMPOCO EN EL PREJUICIO DE UNA UNILATERAL CONCEPCION DE LA EVOLUCION HUMANA

No podemos creer como los marxistas, en la hegemonía casi exclusiva de los factores económicos y técnicos ni como los cristianos u otros idealistas más o menos sinceros, en la fuerza que emana de los conceptos espirituales puros. Materialidad e idealidad no pueden dissociarse de la vida individual humana. La anarquía ha de tenerlas en cuenta en sus bases sociológicas.

Al Capitalismo y al Estado ha de combatirlos en todos los terrenos con inteligencia. El Movimiento anarquista Internacional no debe malgastar sus energías en actividades estériles y ha de procurar orientar su acción en el terreno de las máximas realizaciones prácticas de carácter netamente anarquista en todos los tiempos y latitudes, interesando a todos los hombres en ellas.

Si es la acción la que transforma al mundo, esa transformación es efectiva cuando es obra consciente de un ideal aplicado a la vida. De lo contrario, el hombre se ve sometido a nuevas formas de esclavitud.

Por ello es sumamente interesante dar el ejemplo vivo de las ideas, en la conducta individual y colectiva. Saber presentar las ideas vinculadas a la vida. La misma forma de exposición de nuestro ideal, su claridad de presentación, su coherencia, puede ayudar a que los hombres lo asimilen y se lo hagan suyo. El anarquista no debe ni puede serlo por reflejo. La libertad es inalienable. Está en nosotros o no está. Si el hombre no tiene conciencia de ella, difícilmente le podrá hacer una aportación eficiente en el terreno social, en la esfera colectiva.

NO DEBEMOS PAGARNOS DE PALABRAS NI ESPECULAR CON ELLAS

Anarquía es anarquía, no Estado, no Gobierno, no autoridad bajo ninguna de las formas que puedan presentarse; libertad en su más integral, amplia y elevada concepción.

Por la misma razón el anarquista no puede presentarse en el terreno de la lucha deficiente en ningún sentido. No es sabio el que se cree sabio ni fuerte el que se cree fuerte. Se es sabio porque se reúnen condiciones de sabiduría, porque el hombre ha penetrado en los secretos del universo y de la vida, porque el hombre se ha formado una cultura y le ha sido posible obtener conocimientos; se es fuerte, porque se posee fuerza, energía y se tiene conciencia de ella. Al toro bravo el hombre le vence y lo lleva a donde quiere. Al hombre libre, el tirano podrá torturarlo, matarlo, pero jamás le hará hacer lo que no quiera. Se es hombre porque se tienen los atributos de tal y se es anarquista porque hay fibra y formación anarquista.

LAS IDEAS HAN DE PRESENTARSE SIN DEFORMACION EVITANDO LAS PALABRAS MAL DEFINIDAS, LAS QUE LLEVAN A INTERPRETACIONES ERRONEAS

Hay en nuestro propio campo quien pretende dar vuelo al Movimiento Libertario con una diferencial de matización distinta de Movimiento Anarquista. Ese fondo intencional, que es un repliegue ante la coacción moral del medio burgués, autoritario y capitalista, los anarquistas debemos combatirlo como una nueva desviación que inicia en el Movimiento Internacional Anarquista y que, de prosperar, no haría más que dañarlo.

No son las palabras, es su fondo sustancial el que cuenta. Pero en el juego de palabras y en el equivoco queda a veces sacrificado el fondo esencial. La experiencia histórica es aleccionadora en este sentido. No debemos avergonzarnos ni sentir el temor de llamarnos anarquistas, aunque esto suene mal a algunos oídos que tienen de la Anarquía la concepción más desfigurada. No hay que abandonar la palabra de definición inequívoca, antes al contrario, procurar hacer luz en los cerebros que no nos comprendan ni comprendan a nuestro ideal. Los que han muerto en las horcas, en el patíbulo o ante los piquetes de ejecución gritando: «¡Viva la Anarquía!» han condensado en una sola palabra y en un gesto la expresión de dignidad de una vida entera. Se puede emplear el vocablo libertario como una redundancia, no como una diferencial de interpretación más anarquista. Más anarquista que la Anarquía sólo puede serlo la misma Anarquía. El más y el menos está en los hombres, en la expresión de la propia vitalidad ideológica y son éstos los que deben estar a la altura del ideal y de las circunstancias cuando sienten en sí la seguridad de sí mismos y de sus propias ideas.

Trabajemos incansablemente, compañeros anarquistas, si queremos influir en la marcha del mundo como corriente impulsora de las nuevas formas de vida social. No perdamos tiempo. Ahorremos discusiones inútiles y estériles, de pequeñeces nadarias.

DESTERREMOS DE NOSOTROS EL VICIO DE LAS REUNIONES VACIAS DE CONTENIDO, TAN CALAMITOSAS COMO EL PARLAMENTARISMO

Preparemos bien nuestras bases de cultura individual; intensifiquemos nuestra preparación intelectual y ética. No despreciemos o descuidemos las ciencias experimentales, las ciencias físicas y matemáticas, la ciencia técnica, las ciencias sociológicas y, sobre todo, la Ética. El conocimiento humano ha de permitirnos adquirir conciencia de la libertad y asegurar las bases de la libertad. A la luz del ideal lo más ampliamente e integralmente concebido, asimilado y definido la acción anarquista militante obtendrá la mayor eficacia.

La insuficiencia en el terreno ético, cultural, científico, técnico y de acción activa, humana, en el terreno sustancial del hombre sometido a la prueba de capacidades efectivas, nos sería fatal y lo sería para la libertad. No descuidemos, bajo ningún concepto, la formación anarquista. El esfuerzo individual consciente es necesario al impulso de la corriente libertaria que tiende a destruir a fondo todas las manifestaciones locales e internacionales del fascismo y a transformar el sistema social autoritario y capitalista.



Tolstoi con su secretario.

MEJICO EN LA CULTURA

EN HONOR DE TOLSTOI

Una reunión de Oriente y Occidente

ESTE año marca el quincuagésimo aniversario de la muerte de León Tolstói. Es una ocasión que será conmemorada en grande, y uno de los actos más significativos de los muchos que se han celebrado fué la Conferencia Internacional sobre León Tolstói que se llevó a cabo a principios de verano en Venecia. Organizada por la Fondazione Cini, con la cooperación de la Fundación Ford, la conferencia se realizó en la isla de San Giorno, uno de los lugares favoritos de Byron. Unos cuarenta escritores y maestros de Europa, América y Asia se reunieron en la magnífica Sala de Palacio; entre sesiones formales los participantes pasearon por los bellos jardines y patios del siglo XVI del antiguo monasterio benedictino.

El comité que promovió la conferencia incluía muchos personajes conocidos, entre ellos E. M. Foster, Isak Dinesen, Aldous Huxley y François Mauriac. Tuvieron éxito al llevar a Venecia los puntos de vista de prominentes intelectuales y especialistas literarios. Los representantes del país anfitrión, Alberto Moravia, Ignazio Silone, Riccardo Bachel-

li (autor de novelas épicas a la manera de Tolstói), Franco Venturi (historiador) y otros, estaban sentados junto a John Dos Passos, George Kennan, Ernest Simmons (biógrafo de Tolstói) y otros escritores y maestros norteamericanos, mientras que Herbert Read, Iris Murdoch, Lord David Cecil, Sir Isaiah Berlin y Oxford se hallaban detrás de hindúes descalzos en su pintoresco atavío y el abate Pierre, líder del movimiento social católico romano de Francia.

Lo que dió especial realce a la reunión de Venecia fué la presencia de delegados de la Unión Soviética. Fueron enviadas invitaciones a dieciséis rusos, incluyendo a los secretarios de Tolstói y algunos prominentes escritores soviéticos. No llegó ninguno, y sólo Nikolai Gusev envió un emocionante mensaje, que fué leído en la sesión inaugural por el doctor Serge Tolstói, nieto del gran escritor, que vive en París. Pero entre los que llegaron a Venecia estaba Nikolai Gudzy, viejo maestro y editor de las obras de Tolstói, Vladimir Ermilov, crítico comunista y autor de un libro sobre Dostoiewski, y George Markov, secretario del Comi-

té Ejecutivo de la Unión de Escritores soviéticos. El cuarto miembro del grupo nada tenía que ver con Tolstói, pero sirvió de guía e intérprete.

A pesar de todo, la delegación soviética fué, con mucho, el centro de la atención general, y el largo escrito de Ermilov sobre las novelas de Tolstói causó reacciones fuertes y frecuentemente polémicas. Algunos miembros de la conferencia, y en particular quien escribe estas líneas, sintieron que el énfasis de Ermilov en la significación social de Tolstói no era del todo justificado. También resintieron la tendencia obvia de la crítica soviética en el sentido de «corregir la historia», de «modernizar» el pasado y retratar al gran novelista de acuerdo con las exigencias de la ideología comunista, al citar constantemente a Lenin como suprema autoridad, en general tratando al autor de «La Guerra y la Paz» como a un miembro de la Unión de Escritores Soviéticos.

Mientras exaltan al genio artístico de Tolstói, Moscú critica y aun los maestros lo presentan sólo como a un precursor de la revolución, y prefirieron pasar en silencio su credo

cristiano, su anarquismo religioso y su repudio al estado y su política. Descartan su actitud negativa hacia gobierno y sociedad como «debilidad reaccionaria».

Docenas de trabajos sobre temas varios, que iban desde los puntos de vista religiosos de Tolstoi hasta su actitud para con la muerte, a los prototipos de Ana Karenina y coincidencias literarias menores y correspondencias, fueron ofrecidas en esta conferencia durante sus ocho intensas sesiones; lo que emergió con toda claridad de todo este material variado fué el antagonismo entre dos tendencias. Un gran número de participantes estaba interesado principalmente en Tolstoi como artista, y no pensaba mucho acerca de sus actividades como maestro y lo que llamo su «maximalismo moral». Otros, discutieron en contra de una separación artificial del artista y el moralista.

Varios oradores, entre ellos el crítico norteamericano Georges Steiner, y Lord Cecil, señalaron que La Guerra y la Paz, Ana Karenina, La Muerte de Iván Ilich y aún Resurrección (escrito por Tolstoi a la edad de 70 años) son obras maestras universales, no sólo porque logran una perfecta ilusión de vida y presentan una variedad de caracteres realistas, casi tangibles, sino porque están iluminadas por un calor interno, por un deseo de verdad y significación de la existencia, lo que les da una perspectiva profundamente espiritual.

Tolstoi, el amante de la vida, quien también quiso ser un hacedor de leyes, el artista que celebró el fino deleite de ser, pero que fué atraído por la renunciación y el sacrificio, el novelista que anhelaba la santidad, el rebelde que rechazó todas las instituciones sociales, el cristiano excomulgado por la Iglesia, fué un fenómeno humano único. Su grandeza residía en parte, en sus contradicciones. En su discurso de clausura de la conferencia, George Kennan dijo que éstas no estaban resueltas en las obras de Tolstoi (opinión también compartida por Isaiah Berlin y George Adamovich, crítico ruso emigrado). El investigador de la época presente, continuó Kennan, no puede por ello tomar éste u otro punto de vista de Tolstoi y tratar de aplicarlo a nuestras necesidades y posibilidades. La agonía de Tolstoi, el drama y tormento de sus años últimos, muestran cuán lejos estuvo de una afirmación final de cualquier doctrina, muy poco semejante a sus segui-

dores. No debemos olvidar que Tolstoi mismo dijo: «No soy un maestro. Sencillamente, soy un hermano de los hombres en su sufrimiento y su búsqueda de la verdad».

Raja Rao dijo a su auditorio sorprendido que ni Dante ni Shakespeare ni ningún otro gran occidental tenían influencia en la India como Tolstoi. Pero los hindúes no leen La Guerra y la Paz o Ana Karenina (aunque ambas novelas hayan influido grandemente sobre Rabináranath Tagore, el gran escritor de ficción de la India contemporánea). R. K. Narayan, otro delegado de la India, afirmó que el Oriente —al contrario de Occidente— respeta y admira en Tolstoi no al artista, sino al fundador de una religión universal de pacifismo y la no violencia al mal. Gandhi se llamaba un humilde seguidor de ese gran maestro, de ese guía espiritual, y fué el folleto moralista de Tolstoi «El Reino de Dios está dentro de Ti», el que dejó gran huella en su mente. En Occidente, insistió Narayan, Tolstoi, como creador literario, sigue teniendo gran significación, pero su prestigio como filósofo social y religioso ha sufrido mucho. Su mensaje tiene que ser descubierto de nuevo y vuelto a interpretar en función de las realidades y fracasos de la civilización occidental contemporánea. En la India y muchos otros países asiáticos, su dominio en las masas brota de sus predicas, y es adorado como un Maestro, un Apóstol, un filósofo social y religioso.

¿Hasta qué medida es verdad que el sitio de Tolstoi como artista ha permanecido intacto en Occidente durante los últimos cincuenta años? Alberto Moravia se preguntaba si los escritores de ahora siguen el modelo tolstoiano de narración épica y pretendió que el camino de la ficción contemporánea ha sobrepasado a Tolstoi, excepto en la Unión Soviética, en donde aún sirve de modelo, y que autores como Cholóvov y Fadeyev han continuado su tradición literaria con bastante evidencia. En el resto de Europa el novelista mira a Tolstoi como a Homero o Shakespeare. Y ¿quién se atrevería a imitarlos? Sin embargo, existe una diferencia entre el impacto directo del arte de Tolstoi sobre los escritores y su popularidad nunca menguante entre el público en general. Es verdad que se ha convertido en un clásico, pero ningún otro novelista ruso, incluyendo a Dostoyevsky, es tan leído en todo

el mundo.

Los delegados rusos confirmaron que sigue siendo el autor más leído en la Unión Soviética. Y el académico Nikolai Gudzy dió algunos datos acerca de la publicación de las obras escogidas de Tolstoi bajo la supervisión de un comité editorial del Kremlin. Entre 1928 y 1959, el comité, al cual pertenecía el profesor Gudzy, publicó una edición de noventa volúmenes: cuarenta y cinco tomos con las obras literarias de Tolstoi; trece, sus diarios y libros de notas; treinta y uno, sus cartas. El último volumen incluye escritos omitidos en los ochenta y nueve anteriores. No sólo textos definitivos, sino también un gran número de borradores y variaciones convierten a esta empresa monumental en única, aunque tenga sus defectos y errores.

En noviembre, mes de la muerte de Tolstoi, la conmemoración tomará proporciones impresionantes en la Unión Soviética, de acuerdo con un programa leído por George Markov. Reuniones académicas, mítines públicos, conferencias y lecturas, así como la puesta en escena de las obras dramáticas de Tolstoi durante un festival de diez días, miles de emisiones radiofónicas y de televisión, exhibiciones en librerías centrales y regionales, viejas y nuevas películas, una nueva edición de veinte volúmenes de las obras escogidas del escritor (300.000 ejemplares) y unas cuarenta y nueve ediciones de libros separados de Tolstoi o sobre Tolstoi (edición de 1.000.000 ejemplares) marcarán el aniversario.

La Conferencia de Venecia reunió a intelectuales soviéticos y emigrados rusos, entre éstos cinco descendientes de Tolstoi que llegaron de Norteamérica, Suecia, Francia e Italia. A pesar de cierta frialdad inicial y una aguda diferencia de opiniones y actitudes, no hubo animosidad alguna y los participantes encontraron luego un terreno común de discusión y de entendimiento parcial. ¿Podrá ser interpretado como buen presagio de futuros encuentros culturales entre Oriente y Occidente? Los organizadores de la reunión de Venecia parecían de acuerdo en esto, aunque expresaron que esperaban que en el futuro Moscú mostrara más generosidad y comprensión al enviar a reuniones internacionales cierto número de escritores a quienes los literatos y maestros de Occidente les hubiera gustado encontrar en una mesa redonda.

Marc SLONIM

Superpoblación mundial y limitación eficiente

EN ALEMANIA

Hasta la época del nazismo existía un clima de limitación de la natalidad; más en el año 1933, cambia la política demográfica supeditándola a la idea del dominio del mundo. La bandera del aumento de fecundidad se hace un credo sagrado nacional.

Se dictan leyes contra el aborto y medidas económicas de estímulo del matrimonio, premio a los nacimientos: planes oficiales de acción demográfica: «Se estipuló la concesión de préstamos (hasta 1.000 marcos) para la compra de mobiliario y equipo doméstico a favor de las parejas de recién casados con la disposición que se cancelaría la cuarta parte del préstamo inicial al nacimiento de cada hijo. Se creó un impuesto oficial sobre los ingresos de las personas solteras que tuvieran de más de 9000 marcos por año. Vino posteriormente la implantación de un sistema de pensiones constantes o por una sola vez en favor de las familias numerosas que tuvieran necesidades económicas. Se tomaron medidas especiales para aumentar la colonización de la tierra, incluyendo préstamos para las parejas jóvenes que estuviesen de acuerdo en permanecer cultivando la tierra. En 1938 vino el reconocimiento de que la infertilidad prematura o el uso de medios «injustificados» para la prevención de los nacimientos eran la base suficiente para la disolución del matrimonio. Se idearon medallas para las madres de tres categorías, empezando para las que dieran a luz cuatro niños nativos. Algunas comunidades acordaron otorgar premios especiales en metálico y honoríficos en favor de los hijos nacidos de padres selectos que ya hubiesen tenido dos o más descendientes» (9).

Esta política contribuyó directamente a lo que 5 años más tarde desencadenó la segunda guerra mundial y 17 millones de muertos para Alemania. Es decir que el nazismo, el militarismo y el nacionalismo habían preparado el gran Crimen de la Guerra, cuyas consecuencias se hacen sentir 15 años después y cuyos líderes siguen permanentemente por su posición estatal pregando la preparación y el clima bélico.

En Alemania se crea el Ministerio de Asuntos Familiares, idea del canciller Adenauer. «Las estadísticas prueban que para 1980, habrá en Alemania un 60 % de población de más de 65 años, en tanto la parte que trabaja y más produce quedará estacionada en un total de 23 millones». «Por otra parte en la Alemania de hoy, el número de mujeres es cinco veces superior al de los hombres y aunque nacen más varones que mujeres, ese equilibrio se mantendrá en los próximos 30 años». «Estamos en peligro —dice el ministro— para llamar la atención sobre el índice de divorcio que se ha elevado a 106 por mil matrimonios contra 25 por mil en 1914 y 76 por mil en 1928. En los últimos tres años más de 200.000 niños fueron desposeídos de una vida familiar normal y entre los años 1946 y 1952, más de 480.000 matrimonios terminaron en divorcio». Evidentemente sobre estos fenómenos actúan todavía la política demográfica y las consecuencias de la pos-guerra.

EN AMERICA

El aumento de la población ha sido pavoroso como lo demuestran las estadísticas publicadas por las Naciones

Unidas. América del Sur tenía en 1950 más de 125 millones de habitantes, número en rápido ascenso con el fenómeno de la concentración en las capitales estatales. Por ejemplo, Lima tiene un incremento del 54 % entre 1940 y 1950. «Venezuela, que vive del petróleo, vió aumentar su población en el 29 % en tanto que en Caracas, su capital, el incremento fué del 84 % en 9 años.

ARGENTINA

La Argentina tenía, en 1940, 14.500.000 habitantes; en 1950, 16 millones y en 1960 se aproxima a los 20 millones. Buenos Aires contaba en 1940 con 2.600.000 habitantes, en 1950 con 3.194.000 y en 1960 con más de 4 millones». Hoy el crecimiento anual es de 350.000.

La mortalidad general ha disminuido en todo el mundo; la mortalidad infantil ha disminuido tanto en Francia como en Argentina, del 87,2 % en 1933 a 65,1 % en 1953.

En 1869, la tasa de mortalidad fué, en la ciudad de Buenos Aires de 35,2 por mil y en 1932 fué de 12. La mortalidad infantil en el primer año de vida en 1875 fué de 21,7 por mil y en 1932 de 6,4 por mil.

Asimismo aumenta la vida media; en Inglaterra en 50 años aumenta en 39 %. La reducción de la mortalidad, el aumento de la duración de la vida merced al gran desarrollo de la industria y la agricultura y sobre todo a los programas de higiene, medicina del trabajo, de niños y mujeres, mejoras en la alimentación y vivienda, hacen que la población aumente alarmantemente lo que obliga a decir a un sabio inglés, estas palabras: «Este es a mi juicio el hecho fundamental que hemos de reconocer y que exige, imperiosamente, con absoluta necesidad, la limitación de los nacimientos» (10).

Hecho notable es la disminución de la mortalidad. Fueron vencidas en pocos años numerosas enfermedades y atacadas en sus causas todas las epidemias; «el estándar» de vida ha mejorado algo. Dentro de 20 años habremos llegado a un 25 por mil de mortalidad y se elevará el término medio de la existencia humana. El siglo XIX se caracterizó por la lucha contra la muerte: guerra a la mortalidad. El siglo XX se caracteriza por el aumento de la salud y vitalidad (conquista de inmortalidad), vale decir se cumplen el lema de: «La vida humana merece ser prolongada».

Causas sociales más que biológicas determinaron el aumento de la población: Nacionalismo, guerra y el sistema que los engendra en última instancia; el primero por su imperio, la segunda por las enormes pérdidas de vidas que han de reponerse y el sistema capitalista que no encuentra periódicamente otra salida para sortear sus crisis fatales o cíclicas.

Los nacionalistas (religión de las naciones) necesitaban, para chocar unos contra otros, conquistarse mutuamente y vale decir destruirse, imponer su poderío. Era urgente tener grandes masas de hombres en reserva, material humano a disposición del ministerio de guerra y de los empresarios de ella.

(9) KINGSLEY, Davis, *op. cit.*, pág. 374.

(10) INGE, «The decline birth rate its causes and effects», Londres, 1917.

El egoísmo del sistema nacional imponía un aumento al infinito de habitantes. Este aumento o deseo de proliferación humana tenía su relación con la económica estatal capitalista, porque la lucha era por razones económicas de producción y enriquecimiento de explotación de mercados y continentes.

Hoy, internacionalmente, la situación ha cambiado; el horizonte habla mucho y su color es algo subido. Aunque el mundo se divide en dos blocks la destrucción está a la vista; el Departamento de Defensa Civil y Movilización de los EE.UU. anunció las pérdidas que podrían sufrir 70 ciudades norteamericanas ante un ataque de 224 blancos militares o civiles de hidrógeno de un poder en total de 1446 megatones... morirían en el mismo día del ataque 18.556.000 seres humanos; 16.825.000 sufrirían lesiones necesariamente fatales a corto plazo y 1.009.000 sobrevivirían con graves lesiones... por contaminación radioactiva morirían instantáneamente 1.095.000, más tarde morirían 5.354.000 y dejarían 6.182.000 sobrevivientes inválidos» más de 60.000.00 de víctimas. Además una serie de problemas internos hace que se comience a mirar el crecimiento actual como medida lógica que no debe sobrepasarse. Las cifras altas de la desocupación actual no dejan de llamarnos la atención al respecto.

LOS PAISES DE GRANDES EXTENSIONES Y MUCHA POBLACION EMPIEZAN A TENER UNA OPINION DE LIMITACION

La economía mundial sobrepasa los límites nacionales y a pesar de las barreras deviene internacional como la política y hay un serio esfuerzo para liquidar las guerras si es que antes no nos liquidan los imperialistas en aventuras sangrientas colosales.

Los pueblos no pueden contemplar aislados prisioneros individualmente, sino desde una faz internacional y unitaria. No están lejos los días de los Estados Unidos de Europa y del Asia. Con estos conceptos América del Sur no puede encontrar un peligro en su despoblación, desde que su porvenir está ética y humanamente ligado al resto del mundo. El problema demográfico es uno. Paso felizmente la época de las conquistas coloniales. La lucha por los mercados se transformará en colaboración, en un verdadero socialismo.

No hay en la actualidad razones nacionales y extranacionales para llegar a todo motor hacia una superpoblación a «grosso modo» de materia o bulto.

«Ningún espíritu abierto puede oponerse a esta solución de controlar. Nadie puede negar la necesidad de controlar la población humana. Si la población de la tierra continuara avanzando como en el quinquenio de 1906 a 1911, al cabo de 10.000 años no habría, tomando sólo un pie y medio de terreno, como indispensable para cada hombre puesto que 60.570 (cifra seguida de treinta ceros) serían los pobladores del globo. Esto como puede comprenderse es imposible. Algo sobrevendrá que lo evite. La cuestión está en saber cuál será el obstáculo. No cabe duda que hay que limitar la población. No cabe otra cosa que elegir entre los cuatro escogidos y cuál es el preferido y el que mejor se adapta al temperamento individual y el «birth control» presenta las máximas ventajas.» «Limitación de la responsabilidad sin restricción del placer conyugal.» «Prevención de la reproducción de los degenerados y enfermos. Hacer que los hijos vengan al mundo tan sólo cuando sean deseados por contar con medios suficientes para mantenerlos.» «La

elección no ofrece dudas, la limitación de la población es hoy la única solución.» (1)

..

Los más antiguos amigos del superaumento de la población fueron los guerreros. Moisés y otros jefes judíos la deseaban vivamente; ese pueblo de pastores eran minúsculos. Alejandro, César, Gengis-Khan, Federico, Napoleón y Bismarck se valieron de todos los medios con el objeto de tener soldados para sus ejércitos y conquistas, material humano para sus guerras. Estos peligrosos sujetos consumieron cientos de miles de vidas inútilmente; la humanidad no sacó en limpio ni ganó con tanto matanza.

La ciencia ya hace milagros y puede conservar las vidas buenas que se inician casi con seguridad absoluta, pero si viene una guerra como la última y produce más de 30 millones de muertos durante la contienda y otros tantos tras la misma por hambre y miseria su labor se inutiliza.

Además la guerra destruyó y destruye grandes riquezas, inmensos ahorros, sin que pueda ser posible repoblarlos de inmediato. La humanidad se empobrece y este fenómeno está intimamente ligado a la población y su sustento. Arruina posibilidades y economías que si las clases trabajadoras tardaron en reservarlas, ahora es difícil crearlas de nuevo. El nuevo mundo no se ha re- puesto del despilfarro 1939-45.

Suprimase la guerra (por sus causas) que periódicamente ensangrienta a los pueblos creando condiciones de miseria y muerte para los sobrevivientes y la población tendrá un aumento enorme aún con baja natalidad.

¿Se quiere que las madres paran para entregar sus hijos a los cañones, gases o ametralladoras?

Las perspectivas de nuevas contiendas debieran ser tenidas en cuenta por las madres, declarando un boicoteo a la maternidad hasta que no tuvieran seguridades suficientes de que sus hijos no marcharán a la masacre.

Las mujeres están llamadas a mezclarse en verdaderas campañas pacifistas, de oposición activa a la preparación material y al espíritu guerrero.

En este capítulo se ha chocado con tres reductos formidables del pasado, del cual los hombres aún no han escapado. Las dictaduras en Europa iniciaron persecuciones contra los medios anticonceptivos e Italia es un ejemplo, en este orden, de una psicosis especial.

Primo de Rivera, y posteriormente Franco en España, cuyas vidas no tenían nada de santas, persiguieron, encarcelaron y procesaron. El clero fué siempre enemigo de todo progreso, necesitaba fieles y la fuerza del sexo aconsejó, sin embargo, lo que los teólogos llaman los tiempos agnósticos y la castidad. Los gobiernos en general necesitaban ciudadanos buenos o malos, pero sus razones son de explotación. Para los argentinos no se trata de poblar sus tierras con 100 ó 200 millones, sino de la calidad de los habitantes y sus condiciones biológicas y culturales.

El aumento de población no puede ser ni el ideal ni el progreso de un pueblo. De serlo así, China sería el país más avanzado del mundo, el mejor y el más progresista; y en la Historia no pesaría Grecia ni todo el Occidente.

JUAN LAZARTE

(1) Hildegart Rodríguez, «Maternidad consciente». — (Madrid, 1931).



Yo vi morir a Tolstoi, mi padre

MAS de 85 años de edad, cansado de preocupaciones y del mundo, León Tolstoi hacía muchos años que quería dejar a su familia y abandonar su propiedad de Iasnaia-Poliana, Rusia, donde había escrito «Guerra y Paz», «Ana Karenina», «Sonata a Kreutzer» y algunas obras más. Entre todas las razones que le hacían desear la soledad, se encontraba la incompatibilidad de humor y de ideas que se había creado entre él y su esposa Sofia Andreievna (S. A. en su diario). Tomó por confidente una de sus hijas más jóvenes, Alexandra, llamada Sacha. A fines de octubre de 1910, ésta supo que su padre estaba decidido a marcharse. Iba hacia la muerte, cuyo centenario se celebra este mes por el mundo entero.

Despertada en sobresalto, yo no comprendía lo que pasaba. Alguien daba golpes redoblados en mi puerta que me parecían dados con brutalidad.

—¿Quién va?

En el portal vi la persona que golpeaba y reconocí en seguida que era mi padre. Estaba vestido, llevaba blusa y calzaba botas.

—Me voy... En seguida, para siempre... Ayúdame a hacer los paquetes.

Sin ruido, no pronunciando más que algunas palabras en voz baja, el doctor Duchán Makovitski, mi prima Varia y yo nos apresuramos a preparar las prendas y efectos de primera necesidad. Yo me encargué de los manuscritos, Duchán de los medicamentos, Varia de la ropa y prendas de vestir. Mi padre colocaba las cosas en cajas que él mismo ataba con gran cuidado. Una parte de los manuscritos habían sido atados ya por él.

—Guárdalos, me dijo.

—¿Y el diario?

—Lo cojo conmigo.

Sus movimientos eran seguros; sólo su voz entrecortada descubría su emoción. La puerta que conducía al pasillo y a la habitación de mi madre, que en los últimos tiempos siempre dejaba abierta, había sido cerrada.

—Tú te quedarás aquí, Sacha. Dentro de unos días, cuando haya decidido el lugar definitivo de mi retiro,

Cada minuto que pasaba crecía su nerviosismo y su

prisa. Nos daba prisa y nuestras manos temblaban, las correas deslizaban y las maletas se negaban a cerrarse.

—Bajo a las cuadras para enganchar, dijo.

Por fin todo fué preparado. Duchán, Varia y yo, chapoteando en el barro viscoso, transportamos los paquetes hasta la cuadra. Al llegar percibimos una luz. Era mi padre que venía a nuestro encuentro. Me cogió de las manos una maleta y marchó delante alumbrando el camino.

Pronto estuvo todo presto. Un palafrero, que llevaba una antorcha destilante en la mano, metió en varas uno de los caballos.

«¡Adelante!» El coche arrancaba cuando yo salté al estribo para darle un beso.

—Hasta la vista, querida hija, hasta pronto.

Contornando la casa a una distancia prudente, el cabriolé atravesó el manzanal a lo largo de la estancia. A través de los árboles desnudos vi centellear la llama de la antorcha, alejándose, para después desaparecer a la vuelta del camino que conducía al pueblo.

Un sentimiento de vacío horrible me invadió. Eran más de las 5. El tren no salía más que a las 8. Me dejé caer en un sillón, arropada en una manta.

te haré venir; probablemente iré a Chamordino, a casa de Macha (1).

(1) Hermana de Tolstoi.

PRONTO SE DIFUNDIO LA NOTICIA EN LA CASA

Los sirvientes comentaban el acontecimiento entre ellos en voz baja. Mi madre, que casi no había dormido durante la noche, se despertó tarde, hacia las once. A pasos ansiosos entró en el comedor.

—¿Dónde está papá? me preguntó.

—Se ha marchado.

—¿A dónde?

—No lo sé.

Le di la carta de mi padre. La recorrió con los ojos muy deprisa, la cabeza agitada de espasmos, la cara se cubría de placas rojas.

«Mi salida te hará mucha pena, le escribía mi padre, y yo lo lamento, pero créeme y comprende que yo no podía hacer otra cosa. Mi situación aquí, se hacía, ya era, insostenible. Además de otras cosas, yo no podía continuar viviendo en condiciones de lujo como en el pasado, y hago lo que acostumbran hacer los viejos de mi edad dejando todo para pasar en silencio y en la soledad los últimos días de su existencia.

Te ruego creerme y no seguirme si acaso un día sabes mi paradero... Tu llegada no haría más que agravar tu situación y la mía, pero nada cambiaría a mi resolución.

Te agradezco de los cuarenta años de vida honestamente vivida conmigo y te ruego perdonarme todo lo que de grave pueda imputarseme como yo te perdono de todo corazón las faltas que has podido cometer hacia mí. Te aconsejo aceptar el cambio que mi marcha constituirá para ti y te pido que no me guardes rencor. Si tienes algún mensaje a comunicarme, remítelo a Sacha, ella sabrá donde encontrarme y me transmitirá todo lo que haga falta. Pero no puede decirte donde me encuentro, porque se lo prohíbe la promesa que me ha hecho de no decirlo a nadie. — León Tolstói.»

No pudo terminar la carta. La tiró por tierra lanzando un grito desgarrador.

—¡Lev se ha marchado! ¡Se ha marchado para siempre! Adiós, Sacha, me voy a ahogar.

Tras lo cual salió fuera de la sala.

Le llamé a Bulganov y le indiqué que la siguiera, mientras que yo me marchaba por la estancia central. Vestida con ropa ligera corría como una loca siempre adelante. Llegó antes que yo al pontón que servía a las lavanderas; acababa de poner el pie en el momento en que ella empezó a deslizarse sobre las tablas sebosas de humedad, perder el equilibrio y caer al agua.

Por suerte, el agua, a lo largo del pontón, era de poca profundidad; un instante después yo estaba en el agua y la cogía de la ropa. Bulganov corría para darme una mano, la sacamos del agua, el cocinero Simone y el lacayo Vania, que se habían precipitado detrás de nosotros, la llevaron hasta el pontón.

Ya no la dejamos en toda la jornada. Aún varias veces, intentó escaparse de casa, amenazó con tirarse por la ventana o ahogarse en uno de los pozos del patio.

Telegrafí a mi hermana mayor, Tania, y a todos mis hermanos para informarles y rogarles que vinieran en seguida. Llamé un psiquiatra de Tula. Aquel día y la noche siguiente monté la guardia cerca de mi madre.

La visita del médico de Tula no sirvió para animarnos

la moral. Me dejó entrever la posibilidad de una crisis de nervios, en la cual mi madre conseguiría matarse. Cuando vi llegar por fin mi hermano Andrés seguido de los otros miembros de la familia sentí un sentimiento de alivio.

Ninguno de ellos, ni siquiera Tania, que estimaba que mi padre debía, en buen cristiano, llevar su cruz hasta el fin, aprobó la decisión tomada por mi padre; estimaron que debía entrar y estarse al lado de mi padre. Mi hermano Sergio fué el único en comprenderlo y le escribió en este sentido. En cuanto a mi madre, escribió así:

«Lioovichka, querido mío, vuelve a casa, sálvame de un segundo suicidio. Lioovichka, consuelo de mi vida, haré todo, todo lo que quieras, renunciaré, de una vez para siempre, a toda clase de lujo, seré la amiga de tus amigos, me dejaré cuidar, seré dócil...

Todos mis hijos están reunidos aquí pero son incapaces de ayudarme con su despótica firmeza de carácter; yo no tengo necesidad más que de una cosa, de tu amor, me es indispensable volverte a ver. Compañero mío, permíte al menos que te diga adiós, decirte por última vez cuanto te amo. Llámame o ven tú mismo. Hasta vernos, Lioovichka, yo no ceso de buscarte y llamarte. ¡Qué suplicio para mi alma!»

La familia suponía que mi padre había ido a buscar asilo a casa de su hermana en Chamordino, y mi madre rogó a Andrés de ir a su encuentro e intentar traerlo.

El 28 de octubre, llegado al monasterio de Optino, mi padre describió su fuga en estos términos.

«Me eché a las once y media. Dormí hasta pasadas las dos. Me desperté y, como las noches anteriores, o abrirse las puertas y un ruido de pasos.

Las otras noches no miré en dirección de la puerta; ésta lo hice y vi a través de las junturas una luz muy viva en mi despacho. Y oí un ruido de movimiento de papeles. Era S.A. buscando algo, leyendo, sin duda. La vispera había pedido, exigido, que no cerrase con llave mi puerta. Sus dos puertas se quedan abiertas de forma que oye los más pequeños movimientos.

Todos mis gestos, todos mis propósitos deben ser conocidos y vigilados por ella día y noche. Nuevamente se oyen pasos, una puerta que se abre con mucha precaución, ella que pasa. No sé por qué, todo esto sublevó en mí una ola irresistible de disgusto y de indignación. Quise dormirme y no pude. Pasé una hora dando vueltas de un lado y otro, después alumbré la vela y me senté. La puerta se abre y S. A. entra «preguntándome si me encontraba bien», extrañado de ver la luz en mi dormitorio... El disgusto y la indignación me invaden, me ahogan, cuento mis pulsaciones: 97.

No pude continuar echado y bruscamente tomé la resolución de marchar. Le escribo una carta y empiezo a empaquetar los enseres más indispensables para marcharme cuanto antes. Despierto a Duchan, después a Sacha. Me ayudan a empaquetar. Tiemblo de que ella nos oiga, tenga una crisis de nervios y haga una escena...

Describía a renglón seguido la salida, el temor de ser seguido, la espera temblorosa en la estación... en fin el

tren que se mueve y los temores que se desvanecen. Viaje en tercera clase abarrotados los vagones de gente del pueblo... y la llegada a Optino.

A CHAMORDINO

Dejando a mi madre para los cuidados de la familia, yo salí en busca de mi padre vía Chamordino. Varias me acompañó.

Mi padre sintió pena cuando recibió las cartas de sus hijos. Comprendió en ellas que no podía contar con su complicidad ni ayuda. La carta de Sergio fué la única que le dió cierto reconfort.

—¿No recibiste mis cartas? me preguntó al verme llegar.

Le respondí que seguramente han llegado después de haber salido yo.

—Yo quería que explicases a Tania y a Sergio que hay que excluir absolutamente la posibilidad de mi vuelta junto a ella.

Cuando le pregunté si no sentía remordimientos por su acción me respondió:

—¿Pueden sentirse remordimientos cuando no es posible hacer otra cosa?

Lo que le conté le hizo comprender que la familia sospechaba el lugar en donde se encontraba retirado y que de un día para otro peligraba de que se presentase mi madre.

Mi tía Maria y su hija Lisa, que se encontraba a su lado en ese instante, lo habían recibido con afectuosa comprensión. Se sentía libre a su lado. Sin duda, no es por azar que en el instante, quizá, más crítico de su vida, buscó instintivamente refugio en una persona de su propia sangre.

La paz y la vida de los conventos había tenido siempre cierto atractivo hacia él. Se había entretenido con los monjes de Optino y las religiosas de Chamordino.

No le hubiese disgustado continuar en esta ciudad. Había incluso encontrado un alojamiento, una pequeña isba alquilada por tres rublos al mes. Pero las noticias y las cartas que yo le llevé lo alarmaron.

Charlamos en la apacible y templada habitación de tía Maria. Mi padre seguía la conversación sin intervenir. De repente, las manos crispadas en los brazos de su sillón, se levantó, se puso derecho con gesto decidido y pasó a la habitación contigua. Una resolución importante había madurado en él. Al cabo de un momento me llamó.

—Envía esta carta a tu madre, me dijo.

He aquí lo que le escribió:

«Es absolutamente imposible que yo te vea, con mucha más razón que vuelva a ésa ahora. Para ti, según opinión general, te sería nefasto al más alto grado; para mí sería atroz porque por el presente mi situación, a consecuencia de tu estado de irritabilidad y de sobreexcitación morbosa, aún sería peor, si es que esto es posible. Te aconsejo que cojas tu determinación respecto a lo que ha ocurrido, de organizarte como mejor puedas y, por encima de todo, de cuidarte.

Tú deberías ponerte en mi plaza, no fuese más que un instante. Si lo haces, lejos de censurarme procurarías ayudarme a encontrar la paz, la posibilidad de llevar una vida poco más o menos humana; ayudarme esforzándote tú misma y no desear mi vuelta hoy por hoy. Tus disposiciones actuales, tu deseo y tus tentativas de suicidio, de-

muestran mejor que nada que has perdido todo dominio de ti misma, cosa que me prohíbe volver cerca de ti por ahora.

He pasado dos días en Chamordino y en Optino y me voy más lejos... No digo a donde porque estimo que es indispensable una separación, tanto para ti como para mí. No pienses que me he ido porque no te quiero: te quiero y te compadezco con toda mi alma, pero no puedo obrar de otra manera...

...Que Dios te ayude, querida Sonia. La vida no es un juego y no tenemos derecho de quitárnosla a nuestro gusto. No es tampoco razonable de medirla con el tiempo. Los pocos meses que quizá nos quedan por vivir tienen más importancia que todos los años pasados y hay que vivirlos con todo el conocimiento.»

A NOVOCHERKASK

Al día siguiente por la mañana ya estábamos nuevamente en camino. Mi padre no pudo despedirse de su hermana; no esperó ni siquiera la llegada del segundo coche que había sido encargado para llevarnos a la estación de Koselsk con el equipaje. Igual que tres días antes en Iasnaia-Poliana, un apresuramiento febril se amparó de él.

Dejó a su hermana una esquelita escrita deprisa a las cuatro de la mañana. Le agradecía su acogida cordial. «La precipitación de nuestra salida obedece al temor de ver S. A. sorprenderme aquí, y solo hay un tren que sale a las ocho.»

Varios y yo subimos al tren ya en marcha, sin saber a donde íbamos, apenas con tiempo para subir las maletas. En el tren, Duchan me informó sobre nuestro destino: Novoherkask, casa de los Denisenko (1), de ahí, si nos daban pasaportes, iríamos a una comunidad de tolstoianos de Bulgaria; si no, hacia el Cáucaso.

En el vagón mi padre fué rápidamente reconocido. La noticia de su presencia en el tren se divulgó como un reguero de pólvora. Los empleados dieron prueba de grandes obsequios. Nos procuraron un compartimiento especial, me ayudaron a preparar los copos de avena para mi padre y montaron una guardia para apartar a los impertinentes.

Poco después de las tres de la tarde, mi padre me llamó. Temblaba. Lo cubrí, le tomé la temperatura y constaté que tenía fiebre. Yo me sentí agotada y me vi obligada a sentarme, hundida en la desesperación.

Me veía en este asfixiante vagón de segunda, rodeada de viajeros indiferentes o curiosos, en un ambiente de humo insoportable, conducida sin saber a dónde al ritmo del ruido obsesionante de las ruedas, y delante de mí, acurrucado bajo un montón de ropa, la cabeza oculta en la almohada, un hombre desgraciado, anciano y enfermo, gemía dulcemente. Hubiese sido necesario desnudarlo, echarlo, darle de beber algo caliente... Pero el tren continuaba implacable...

Mi padre adivinó mi angustia. A palpón encontró mi mano y me la apretó.

—No te desanimes, Sacha. Todo va bien, todo está muy bien.

En la primera parada fui a buscar agua caliente. Du-

(1) Lena, la hija más joven de Maria Tolstoi, se casó con Denisenko, presidente del tribunal de Novoherkask.

chán me aconsejó darle té con vino. Pero los escafros no cesaron y la fiebre subía.

Pronto debimos rendirnos a la evidencia: no podíamos continuar el viaje. Hacia las ocho de la noche el tren entró en la estación, vivamente alumbrada, de Astapovo. Decidimos bajar. Duchán fué a ver al jefe de la estación a fin de encontrar un refugio. En dicha localidad no había hotel. El jefe de la estación nos ofreció su casa.

Sosteniendo a mi padre atravesamos el andén de la pequeña estación en medio de una multitud de curiosos que pronto se acumularon. Los espectadores se descubrieron ante el paso de mi padre y lo saludaban. Apenas podía tenerse derecho pero respondía a los saludos haciendo esfuerzos para levantar la mano hasta la altura del sombrero.

En cuanto pudimos, en fin, desnudarlo y meterlo en la cama se desmayó. La mitad izquierda del cuerpo —cara, brazo, pierna— se encontraba enteramente en convulsión. El desenlace nos pareció inminente. El médico local fué solicitado con urgencia, para sostener el corazón le dieron algunas inyecciones.

Por fin, al desmayo reemplazó el sueño. Después de dormir dos horas, mi padre me hizo signo de aproximarme. Había recobrado su lucidez.

—¿Qué, Sacha, qué?

—Que... esto no va bien.

—Animos. ¿Qué es lo que podemos desear? ¿Acaso no estamos juntos?

La noche la pasó bien. La fiebre había caído y mi padre dormía un sueño reparador. Yo respiraba.

A pesar de su debilidad quería volver a coger el tren. Duchá y yo nos opusimos formalmente. Esto le afligió pero, por fin se resignó.

Mi padre no sospechaba que el lugar de su refugio era ya sabido por todos, que desde la víspera, 31 de octubre, el suboficial de la policía (es decir, de las fuerzas de la policía política) había telefoneado a su capitán diciendo que el escritor conde Tolstoi viajaba en el tren n° 12, que había caído enfermo en el camino y había sido albergado por el jefe de estación Ozoline en su casa misma. El diario «La palabra rusa» bombardeaba ya Ozoline con telegramas pidiendo noticias directas.

Ese día por la mañana mi padre me dictó para su carnet de notas:

«Dios es un todo infinito; el hombre no es más que una manifestación limitada. Dios es el todo infinito del cual el hombre se piensa ser una parcela acabada. Dios solo existe verdaderamente...»

Un poco más tarde me llamó de nuevo para dictarme una carta dirigida a Tania y a Sergio. Apunto un lápiz y me siento en su lecho. He aquí el texto:

«Astapovo 1 de noviembre de 1910.

Mis queridos hijos Tania y Sergio, espero, de ello estoy seguro, que me perdonaréis por no haberos llamado a mi lado. Llamaros solos sin mamá, sería entristecerla mucho como así también a vuestros hermanos. Comprenderéis que Chertkov (1), a quien le he rogado de venir, (al efecto, mi padre me encargó ese mismo día de enviar un telegrama a Chertkov) se encuentra referente a mí en una situación muy particular. Ha consagrado su vida al servicio de la obra que he servido yo también es-

tos últimos cuarenta años de mi vida. Esta obra la realizo con todo mi corazón, pero sobre todo, la estimo importante para todos los hombres, incluso vosotros mismos.

Os agradezco vuestra actitud bondadosa hacia mí. ¿Es un adiós? No lo sé pero he sentido el deseo de informaros de todo esto... Adiós, esforzaos por calmar a vuestra madre para que yo goce de un sentimiento sincero de conmiseración y de amor. Vuestro padre que os quiere. — León Tolstoi.»

LA AGONIA

—Les remitirás esta carta después que me haya muerto.

El 2 de noviembre, al alba, la temperatura montó. Mi padre se puso a toser y escupir sangre. Era la pulmonía. Telegrafíé a Sergio: «Estado grave. Deseaba advertirnos, también a Tania, teme la llegada de los otros.»

En la jornada del 2, Duchán fué informado por telegrama que llegaba a Tula mi madre, con Andrés, Miguel, Tania, un médico y una enfermera, había pedido hacia las cuatro de la tarde un tren especial en dirección de Astapovo.

Yo me aterroricé. ¿Cómo proteger a mi padre? Sorda y ciega a más no poder, la familia no quería comprender la situación. Felizmente Sergio les cogió la delantera. Comprendió que la menor emoción sería fatal a mi padre, cuyo corazón se debilitaba.

El mismo vaciló largo rato antes de entrar. Por la puerta abierta lo miró un momento desde la habitación de al lado, por fin se decidió:

—No, necesito entrar. Le diré que supe por casualidad que se encontraba aquí y he venido a verlo.

De hecho mi padre se mostró alarmado e interrogó ansiosamente a Sergio. ¿Cómo había descubierto el refugio? ¿Qué sabía de su madre, dónde se encontraba y con quién? Sergio respondió que venía de Moscú, que su madre estaba en Iasnaia con un médico, una enfermera y los demás hermanos.

—No puede dejarse entrar a mamá, dijo al salir. La emoción sería demasiado fuerte para él.

Sergio salió y mi padre me indicó que me acercara.

—¿Qué dices de Sergio?

—¿Cómo dices, papá?

—¡Ha logrado encontrarme! Estoy muy contento de haberle visto. Me ha sido muy agradable... Me ha besado la mano...

«Los médicos se pronunciaron declarando que no podía admitirse al lado del enfermo más que a Sergio y a Tania.

Cuando Tania entró, mi padre la abrumó de preguntas. ¿Cómo había descubierto el lugar en donde se encontraba, qué era de su madre, quién estaba con ella? Tania perdió la serenidad y debió buscar un pretexto para salir de la habitación.

El 3 de noviembre llegó el doctor Nikitine. Después vino el editor Gorbunov y Goldenweiser. Mi padre expresó el deseo de verles. Discutió en detalle con Gorbunov de la publicación de su último libro «El pensamiento de la humanidad». Al momento de despedirse, Gorbunov le dijo:

—¡Bien, bien! León Nicolaievich, aún aguantaremos el golpe por esta vez.

(1) Amigo de Tolstoi detestado por su esposa.

Mi padre le echó una mirada severa y replicó:

— A vosotros es a quien os toca aguantar el golpe, no a mí.

Esa misma tarde Sergio envió un telegrama a sus hermanos, indicando en substancia, que el estado del padre mejoraba un poco pero que el corazón lo tenía muy débil y que la presencia de mi madre le sería fatal al enfermo.

Mi padre estaba a cien leguas de imaginarse que la noticia de su enfermedad había sido divulgada por todo el mundo y que toda la familia se encontraba reunida en Astapovo. Un ejército de fotógrafos acampaban alrededor de la estación y los periodistas iban a la caza de una brizna de frase que procediera de la casita del jefe de estación.

Para nosotros, día y noche, en el lecho de Tolstoi, no escuchábamos y no seguíamos más que los latidos de su corazón y el respirar de su pecho.

«La noche fué penosa después de dos días de fiebre. El 2 llegó Chertkov. El 3, Tania. Por la noche, Sergio, que me ha emocionado profundamente. Hoy 3, Nikitine. Después, Goldenweiser e Ivan Ivanovich (Gorbunov). He aquí mi plan... Haz lo que digo, venga lo...

Todo esto sirve al bien del prójimo, y sobre todo al mío.»

Tales fueron las últimas palabras de su diario.

Los momentos de angustia y de esperanza se sucedían. Una baja de la temperatura hacía la confianza, una subida de fiebre nos hundía en la desesperanza. La inflamación le llegaba ya al otro pulmón. El corazón funcionaba mal y la baja de temperatura que sobrevino no era más que testimonio de la débil resistencia del organismo. La respiración se precipita, el pulso marcha intermitente.

Se hizo venir oxígeno, se pidió a Moscú una cama más confortable, organizamos turnos para que siempre hubiera uno en su cabecera, asistido de un médico.

— A los campesinos hay que ver morir, a los campesinos... suspiraba cuando le arreglábamos las almohadas.

Pasó la jornada del 4 en un estado casi inconsciente. Deliraba, procuraba explicarnos alguna cosa o permanecía sin movimiento alguno. Sólo los dedos de su mano esquelética palpaban febrilmente la sábana con gestos incesantes. La mirada de sus ojos abiertos parecía vuelta hacia el interior, severa, perdida en una contemplación que nos era inaccesible...

— Buscad, buscad siempre, pronunció repentinamente con claridad.

De Moscú acababan de llegar algunos médicos. Pero ya no había ninguna esperanza.

El 6 de noviembre se mostró especialmente afectuoso hacia todos los que le rodeaban. «Querido Duchán, querido Duchán», dijo cuando éste le hizo un pequeño servicio. Al cambiar sus sábanas sentí su mano que buscaba la mía. Creí que buscaba un punto de apoyo, pero

apretó mi mano con mucha fuerza por dos veces. Yo cubrí la suya de besos, dominando con gran pena mis lágrimas.

El mismo día, Tania y yo estábamos sentadas una a cada lado de su cama. Bruscamente, con gesto energético, se levantó y se sentó. Yo me aproximé y le pregunté si quería que le arreglásemos sus almohadas.

— No, replicó con claridad y con voz ronca. No, yo quiero solamente recordaros que en el mundo hay muchos seres humanos además de León Tolstoi. No tenéis ojos más que para León...

Fueron las últimas palabras que dirigió a Tania y a mí.

Al atardecer su estado empeoró. Se le hizo respirar oxígeno, se le dió una inyección de alcanfor. Se calmó y llamó a Sergio.

— Sergio... La verdad... me gusta mucho... como ellos...

Se adormeció y su respiración era más regular. El peligro parecía haber desaparecido. Cada uno fué a acostarse, salvo los que les tocaba el turno de velada. Hacía media noche todo el mundo fué despertado.

Se llamó a Sofia Andreievna y a todos mis hermanos. En la mañana misma del 7 de noviembre salía yo hacia Iasnaia-Poliana.

EL ENTIERRO

El 9 de noviembre antes del alba, el tren funerario se paró en la estación de Zaseka. Trenes enteros de gente se apeaban en Moscú. Millares, quizá decenas de millares, de personas insistieron para seguir el convoy. El cortejo se alargó sobre varias verstas. (1)

El ataúd lo llevaban en brazos los hijos de Tolstoi y los campesinos de Iasnaia-Poliana. En cabeza de la procesión se veía un cartel con estas palabras: León Nicolaeovich, el recuerdo de tu bondad no morirá nunca entre los campesinos agradecidos de Iasnaia-Poliana.

En el aire glacial de esta mañana de noviembre un «De Profundis» cantada por millares de pechos se elevó majestuosamente.

El féretro fué colocado en la biblioteca donde había instalado mi padre su despacho. Un interminable desfile comenzó.

En el bosque de Zakaz, entre los robles, cerca del arroyo, una tumba fué cavada por un antiguo alumno de mi padre, Mikhailo Zorine.

A poca distancia, en el bosque, una hilera de policías de a caballo observaban la escena.

Lentamente, el ataúd fué colocado en la fosa. La multitud, de rodillas, cantaba el himno fúnebre.

Alexandra TOLSTOI

Medida lineal rusa, equivalente a poco más de un kilómetro.



Payeses de remensa

por A. Samblancat

por T. Salvador

SAL DE CARDONA

CATALUNA era, en el siglo XIX y mitad primera del que cursa, el cloruro de sodio, que impedía que el cochino racional, ya medio en cecina, se pudiese. Cifremos lo que decimos: huelgas generales y bombas de Barcelona, tormentos de Montjuich, Semana Trágica, proceso Ferrer. Pero, Cataluña no obra de catártico y clíster nuestro solamente en la Edad contemporánea, sino que también hace vomitar toda su maldad a la Edad Media cien-negroide a fines del siglo XV.

PRESTIDACTILOS

Los hombres no se dividen en Sanchos y Quijotes, como cervantistas cerebralmente desvitaminados y en exceso caloriados a lo caló o calé, pretenden, por estas guacamayerías americanas; sino que nos dividimos en ladrones y robados, en divisores o dividendos y en divididos. Los romanos de las águilas (gentilicios), precursores del felino católico, se nos llevaban a los españoles la plata de nuestras minas, el trigo de nuestros horreos y las andaluzas o gatidanas de buen ver para hacerlas bailar en sus banquetes. Los godos se quedan con los dos tercios más fértiles de nuestro solar; y dejan la parte de él que nada vale, al indígena, no para que viva partiéndose el pecho contra la roca hostil, sino para que saque de ella sustancia, para pagarle al conquistador las gabelas personales y estatales; lujo, taberna, serrallo, armamento asesino, etc. Arnaldo de Vilanova escribe con razón que los nobles de su tiempo eran brutos menos nobles que sus caballos. Los de su tiempo y los de todos los tiempos son unos innobles bascosos. La casa catalana de Cardona — su duque Juan Ramón Folch — vió aumentado su patrimonio con los allegos recibidos de las confiscaciones hechas a los parciales de Carlos de Viana; sobre todo, con el condado de Pallars, que se le arrebató a Hugo Roger, uno de los defensores más tenaces de la libertad del Principado.

NOMBRE PROPIO

Al payés y al rabasaire de la época se le llama Nombre propio, porque no es siquiera nombre común, porque es apropiable como un apelo

ES curioso comprobar cómo puerilidades históricas logran estar en boca de todos y, en cambio, hechos importantes ni siquiera figuran en la Historia esa, tan voluminosa, de los señores Pirala, Lafuente, Valera y alguno más que no recuerdo. La bofetada a Calomarde, las lágrimas de Boabdil, las infidelidades de Antonio Pérez, etc., han motivado literatura de todas clases.

¿Cómo es posible que el significado de la condición remensa, las enseñanzas del pleito remensa, las consecuencias de la guerra remensa lo tenga uno que estudiar acudiendo a los eruditos, a los investigadores esforzados y solitarios? Obviamente, gran parte de la culpa la tiene el falso modo que se ha tenido de explicar la historia, donde por halagar a reyes y magnates ésta se convertía en poco más de una cronología real, con el añadido de batallas, conquistas y matrimonios. Afortunadamente, el estudio social de la historia o geopolítica o interpretación de la historia a través de los hombres se está imponiendo entre los nuevos historiadores.

Es necesario, por ejemplo, aclarar la cuestión remensa, o «remença»; fuera de Cataluña el desconocimiento es total; en Cataluña misma, fuera de un núcleo muy reducido, se tiene una ligerísima idea. La enciclopedia Espasa publica una inefable nota naturalmente, ya dentro del afán; es sencillo acudir a Hinojoso, Montsalvatge, Serra y Ráfols, Prat de la Riba, Angeles Masía de Ros, Vicens Vives, etc., que son una extraordinaria fuente de información histórica. El pleito remensa en la baja y alta Edad Media fué uno de los hechos más significativos e importantes de la historia española. De hecho, me atrevo a considerarla como la primera revolución social de la época moderna: de derecho, fué una revolución humanística, una revolución agraria.

«Remença» o «remensa» para elegir vocablos ya aceptados, viene del latín «reminentia» y según el diccionario de Pompeu Fabra, significa «redención» personal. O lo que es igual, hombre de remensa significa el que es susceptible de redimirse en metálico. Interpretando modernamente lo antedicho viene a dar que existían hombres que necesitaban redimirse. Geográficamente, de toda la geografía española, la condición remensa cristalizó únicamente en Cataluña la Vieja (Gerona y parte de Barcelona, hasta el Llobregat).

¿Por qué necesitaba redimirse el payés catalán? ¿Qué anomalía le llevó a tal servidumbre? ¿Cuándo y de qué forma se entendía la remensa? ¿A quién beneficiaba la remensa? Son tantas las preguntas que el glosador, que quiere tan sólo divulgar un punto interesante de nuestra historia, está a pique de abandonar. Pero, veamos. Punto primordial es la condición rural. Cataluña, antes de ser la Marca Hispánica, durante la colonización romana, era una tierra totalmente repartida. Prácticamente, en torno a la «Mesa» o «Mensa», se extendía una poderosa colonia rural. Durante la época romana, España estaba mucho más poblada que en la actualidad. De los cuarenta a cincuenta millones de habitantes de entonces, se pasó, en la baja Edad Media, apenas a una décima parte. Lo mismo que se corrompió el latín, se corrompieron las instituciones romanas. Las rurales, aunque enteras, quedaron desamparadas.

En los tiempos del Rey Martín el Humano (tiempos del Papa Luna, de San Vicente Ferrer, tiempos asombrosos) la población de Cataluña se calculaba en 78.000 focos, unos 400.000 habitantes. De ellos, eran remensas la tercera parte. ¿Por qué? El problema rural no fué en Cataluña igual al resto de España. La caída de Roma no fué brusca; duró siglos y fué corrupta. La invasión árabe sí que destruyó la estructura social española. En los lugares donde la guerra se eternizaba, donde la tala de árboles provocaba la ruina, el desierto era total. Para poblarla, los reyes concedían privilegios. Castilla se hizo así, en torno a los municipios, las famosas villas que apenas conocieron el feudalismo. Pero Cataluña, la Marca Hispánica primero, el condado y la monarquía catalano-aragonesa, apenas conoció los horrores de la Reconquista. De hecho, no se llegó a destruir la organización social. Pero sucedió algo: los colonos, los dueños libres de la tierra en torno al «mansí», estipularon un tratado libre con los señores de la

de labranza; y le dicen de remensa, porque remanece perpetuamente en no ser suyo o porque se le redime y rescata como un objeto empeñado. El remensa es siervo porque sirve; algo más que los que se lo denominan de Dios, teniendo una codicia,

un orgullo y una lujuria de diablos. El glebario está indesglosablemente adscrito al terruño como un trozo más de su pella. La parcela no es suya, sino que él es de su partija. El arrendatario, el censatario, el aparcerero y el mediero de nuestros

días, son ilegalmente tan trastos como los súbditos de Otger Catalón, que no era en su vico más emperador que un propietario de nuestro rus.

MALOS USOS Y ABUSOS

De las 600 criminalidades, con que se vampirizaba al labriego cuando Carlomagno recibía bendiciones del Papa a cambio de dinero o equivalencias suyas, se han hecho célebres seis, de las que por lo ominosas son tres singularmente típicas: la Arcia, la Cugucia y la Firma de Espolio forzada. La Arcia era el derecho de quitarle a un niño pobre el pecho de su madre, para dárselo aunque fuera al perro del señor. La Cugucia o cocucia — de «cocú», en francés Cornelio Alávide — es el despojo que cometía el feudal, robándole al siervo la margen dote de su mujer, con la que el mismo ladrón había consumado adrede y «vulguis no vulguis» adulterio. La Firma de Espolio era la pernalada del derecho de pernada o de pernil de la moza recién nupciada, simplemente.

GUERRA DE LOS REMENSAS

Todo el bajo Medievo trepida del estropicio de la Marca Hispánica en motin contra la bandolería y vandería baroniales. Con los «buscaires» de Barcelona, el jollin empieza a ponerse serio. Simón Tort Martorell subleva en 1457 a los «forenses» balearicos. El sospecho Verntallat agita, sin embargo, al labradío gerundense, durante todo el reinado de Juan II. En 1474, Pedro Juan Sala, al frente de un millar de espartaquistas, baja del Ampurdán al Vallés y toma a Tarrasa y a Caldas de Montbuy. Entra en Granollers luego y cuelga de las almenas de sus castillos a una porción de caballeros de la tenaza. Hasta que se han de movilizar con sus motilones los obispos de Urgel y de Vich inclusive, para derrotar en Llerona a Sala. Los caballeros del gancho y de la rueda de molino eucarística, se llevan al caudillo remensa al Born, con uno de sus lugartenientes, Parellada de Montornés. Allí, los degüellan, los descuartizan y exhiben sus cabezas cortadas en la Puerta Nueva.

DESBARRANQUE FEUDAL

A pesar de este revés grave, no hace crac la causa sagrada de los remensas. Por el contrario, los derechos señoriales, que Alfonso el Magnánimo no se había atrevido más que a suspender, tienen que ser para siempre abolidos por Tornado el Católico en 21 de abril de 1486, con el Laudo arbitral de Guadalupe, que es un instrumento como un monumento. De suerte, que Sala, a los 12 años de cadáver, logra éxito de alarido.

guerra, los capitanes de entonces. Se entendía que los nobles, con castillo o plaza en la región, o los clérigos, con abadía o monasterio, protegían a los colonos a cambio de que éstos, en caso de necesidad, acudieran a su llamada. Estos tratados se llamaban alodiales, de «alodia», propiedad libre. Los principales señores alodiales eran los eclesiásticos; la Iglesia fué el gran poder que heredó la estructura romana. Cabe la «mensa» o renta a la Iglesia, comenzó un vasallaje libre, que bajo los «malos usos», degeneró en «remensa».

¿Cuánto tiempo duró esta situación? De hecho, claro, hasta que aparece la remensa, o redención, que fué en los albores del siglo XI. La dependencia alodial no era gravosa: señores y payeses se complementaban. Cuando la amenaza de la guerra o perturbación se fué alejando de los «mansos», los payeses intentaron desembarazarse de los señores alodiales. Pero éstos, afincados ya en un derecho, en unos «Malus Usos» (los malos usos fueron cinco: cugucia, exorquia, instestia, arcina y remensa) se resistieron a este abandono. El juego de tira y afloja, que duró tres siglos, es lo que constituye el pleito y la guerra remensa.

Pero, por ahora, tenemos únicamente la intención de explicar la condición remensa. ¿Qué era, pues, un payés de remensa? Tomando ya, sobre el paso del tiempo, la degeneración del derecho alodial en derecho feudal, «payés de remensa» era el siervo de la gleba, o sea, el campesino que tenía opción a redimirse pagando un metálico al señor. Empero, tampoco esto es cierto. Los payeses catalanes de la Baja y Alta Edad Media no eran, ni fueron nunca, siervos. La condición de «remensa» se puntualizaba en el «mas», masía o manso. El payés era un propietario libre; pero representativo de una unidad productiva: el «mas», cuya adscripción al señor alodial estaba establecida por usos antiguos. No siendo cierto, lo que tenía valor para el señor natural era la tierra. Pero la tierra, sin cultivo, tampoco valía nada. Ergo: el colono, el campesino o trabajador de la gleba, es libre cuando trabaja en su «manso», pero si quiere marcharse, necesita redimirse. Naturalmente, nace la tendencia abusiva de los señores alodiales a retener en los predios al elemento humano, única forma de sostener su valor. Poco a poco, nace el concepto de considerar a los payeses como vinculados a la tierra, adscritos a ella, y por tanto sujetos a transacción y vasallaje; si querían redimirse, debían pagar un precio. Nace y se extiende el remensa. En tiempos del Rey Martín, existen 20.000 hogares remensa.

Este pleito, por sí grave, empeoró al no estar conforme los payeses y estar dispuestos, incluso, a abandonar la tierra que era, en principio, la señal de vasallaje. Abandonaban las tierras y se iban a otras nuevas o a municipios, favorecidos entonces por la realza. Aparece entonces un nuevo elemento: la fuerza. Los señores alodiales, en uso feudal, sujetan al payés al «mas» mediante castigos, y los eclesiásticos, mediante excomuniones y toda la gama de la autoridad religiosa. Remensa, entonces, no es sólo «redención», sino también «residencia» obligatoria. Conviene fijar este extremo: la redención en metálico no era particularmente onerosa, si lo era la obligación de una familia de estar adscrita al manso.

La Edad Media, que fué una curiosa época, mezcla de libertades y tiranías, está llena de pleitos remensa. Los payeses, antes de aceptar la situación de los «Malos Usos», pleitearon muchas veces. Las Cortes, generalmente, fueron dando fuerza de ley a lo que era costumbre. Entonces, los trabajadores de la gleba, volvieron sus ojos a los reyes, los cuales, contraponiéndolos al poder feudal para acrecentar el suyo, central, los apoyan. Estos pleitos, y la guerra remensa, llenan el siglo XV, cuando Colón estaba a punto de descubrir América. Por su extensión e interés, merecen otro comentario. Baste, por ahora, fijar dos extremos. De la condición «remensa» ha quedado en el fuero y la costumbre catalana la institución del «cheu» o la «pubilla», que deben quedarse en el «mas» como cabecera legal de la situación. Y que, como se dijo: la emancipación remensa, fué la primera revolución agraria y social de la época moderna. Concurrió en ella todo lo que hoy día es fermento social: liberación de un mal uso, revalorización de la dignidad humana y transición de una a otra época.

Ideas sobre educación

V

COMO todas las corrientes ideológicas, de evolución en no importa qué sentido, nacidas en un momento cualquiera de la historia, el llamado Renacimiento no tiene fecha específica en la cual podamos fijar de una forma terminante su « principio o su fin ». Todo periodo histórico que entraña reanimar una civilización que le precediera, crea nuevas ideas, desarrolla nuevas actividades, da vigor a nuevas formas de vida y mantiene en tensión el espíritu de renovación; por lo que repasando la historia vemos que ésta ha tenido infinidad de « renacimientos » los unos enlazándose con los otros en fechas y momentos imprecisos, no bien definidos cronológicamente, y por tanto difíciles de determinar. Y por este motivo La Renaissance o Renacimiento, así con mayúscula, que nace, nos parece, sacudiendo el manto polvoriento en que se envolvió aquel periodo oscuro que se llamó Edad Media, no podía escapar a esta « ley » de confusiónismo cronológico que crean corrientes que se sobreponen las unas a las otras. Las voces de protesta contra esta edad que lo enturbia todo: ciencia, filosofía, arte y conciencias, claman por la cultura que resplandeció en una época de la historia que precedió a estos siglos de confusión, pero que aun desde puntos y fechas no bien marcados. Ahora, el impulso de este movimiento no iba dirigido a resucitar las formas de pensar y métodos antiguos, sino que iba encaminado contra el oscurantismo medioeval y al mismo tiempo hacia un horizonte donde el individuo encontrase una vida más activa y con más alicientes, aunque los hombres que más sobresalieran en este movimiento pareciesen indicar que aspiraban más bien volver al pasado que avanzar hacia el futuro, ya que las artes en todas formas buscaban basarse en modelos clásicos.

El estilo de arquitectura que aparece en esta época afecta las formas griegas y romanas, así las artes, y los prohombres de las letras, tales como Dante, Petrarca y demás predecesores de los grandes escritores de la Europa Moderna, fueron los primeros en asociarse a los estudiantes de la literatura clásica, que se iba descubriendo en aquellos días. Y en el mismo sentido obraban filósofos, artistas y hombres de ciencia, quienes después de haber roto con las doctrinas aristotélicas, en vez de abrirse camino por sí mismos, se aferraban a las doctrinas de antiguos maestros. La teología, donde la diferencia con el pasado se hallaba más acentuada que en ningún otro campo de las especulaciones humanas, los reformadores que se habían visto empujados a crear nuevos sistemas de fe y aspiraciones que representaban una separación un tanto revolucionaria con el pasado, trataban de ocultar los hechos queriendo presentar su movimiento como una regresión a la posición de la Iglesia Apostólica. El grito universal de «vuelta al pasado»,

de vuelta al arte, a la literatura y a la religión del pasado remoto y clásico, a pesar de lo que se diga, era más bien el resultado de una repulsión a las sombras del largo y oscuro periodo que iba desapareciendo, que el miedo a un futuro incierto. El entusiasmo por todo lo que representaba civilización antigua comprendiendo el establecimiento inclusive de ésta, no podía crear una sociedad como en la que había nacido. El largo periodo de más de un milenio, había producido grandes cambios en los pueblos, y en los hombres como individuos, así la adopción de la vieja cultura tenía que producir un mundo tan diferente del pasado remoto como del pasado inmediato.

La mayoría de los manuscritos literarios griegos que quedaban habían sido traducidos en los dominios del imperio bizantino.

Pero antes de la dispersión de los manuscritos, la cual se produjo con la caída de la capital en manos de los turcos en 1453, los griegos habían sentado pie en Italia y habían enseñado allí su lengua. Uno de los más eminentes de éstos fué Manuel Crisóleras (1350-1415) que vino a Italia como embajador del emperador y la ciudad de Florencia consiguió persuadirlo para que se quedase allí a enseñar griego. Este acontecimiento, hay quien afirma, sentó las bases del futuro griego en Europa. Crisóleras empezó a enseñar en 1396, durando su cátedra en Florencia tres años durante los cuales tuvo como alumnos a Felfelfo, Guarino, a Leonardo Bruni, etc. De Florencia marchó a Pavia, donde enseñó hasta 1400.

Su obra fué de suma importancia para el estudio del griego y para la correcta interpretación de los autores latinos, y por tanto para el desarrollo de la enseñanza en el mundo occidental.

Al comienzo del siglo catorce llegaron a Italia otros griegos eminentes tales como Plethon (1355-1450). Plethon nació en Constantinopla y al llegar a la península fué a Florencia, donde enseñó griego y estableció una escuela platónica, la cual afectó no sólo a la cultura italiana sino a la alemana también. A estos nombres pueden sumarse los de Bessarion (1403-1472), cuya colección de manuscritos griegos fué la base de la famosa biblioteca de San Martín en Venecia; de Teodoro Gaza (1400-1475); Trebizonda (1424-1511), etc. Gaza y otros enseñaron griego y aprendieron latin con Vittorino, y escribieron muy buenas gramáticas de la lengua griega.

Este movimiento prosperó y fué sostenido no sólo por la corriente de personalidades venidas del Este sino por la gran aportación que un buen número de profesores italianos dieron al mismo con el movimiento que emprendieron en dirección opuesta. Infinidad de profesores italianos se dirigieron a Constantinopla, donde residieron por largo tiempo para aprender la lengua y re-

coger manuscritos. Entre éstos fué Guarino de Verona (1370-1460). Guarino vivió en Constantinopla cinco años con la familia de Crisóleras, casándose con la hija de este. Cuando volvió a Italia, fué a enseñar a Venecia, donde tuvo por alumno a Vittorino; después a Florencia y a Verona y por último a Ferrara. Aurispa (1370-1459), que era natural de Sicilia, visitó Constantinopla y volvió en 1423 con más de doscientos manuscritos. Así Filelfo, que perteneció al cuerpo diplomático, trabajó durante siete años en la gran librería del Bósforo y retornó a Italia con gran número de libros griegos. Después viajó de un sitio para otro enseñando literatura clásica en las grandes ciudades italianas.

Una vez en posesión de las obras de gran parte de autores antiguos, la gran labor estaba en la reproducción de las mismas copiándolas o imprimiéndolas y reuniéndolas en grandes bibliotecas que estuvieran al alcance del mayor número de estudiantes posible. Estas bibliotecas clásicas se desarrollaron mucho antes de que naciera la imprenta, por lo que la tarea de copiar manuscritos estaba encomendada a una clase de escritores profesionales que se distinguían por su cultura y su preciosa letra. A pesar del esfuerzo y el coste fantástico que la producción de unos cientos de ejemplares de cualquier manuscrito representaba, el siglo quince vio la formación de colecciones considerables, reunidas claro está por gobernantes, grandes, ricos comerciantes, banqueros, etc., de la época, no obstante éstas dieron servicios formidables tanto a instituciones culturales como a individuos.

Paolo Vergerio.

Uno de los grandes escritores de la época que abogaba por la nueva cultura y como objetivo proponía una educación libre fué Paolo Vergerio. Vergerio nació en 1349 y fué profesor en Padua y en Florencia. Cuando Crisóleras vino a Florencia a enseñar griego, Vergerio tenía ya cuarenta y siete años, pero el entusiasmo que sentía por esta nueva disciplina era tan grande que no tuvo el menor reparo en sentarse entre los niños que aprendían declinaciones para escuchar al gran maestro. En 1404 Vergerio escribió un libro titulado «Carácter y Estudios Liberales», un libro digno de un hombre noble y ejemplar que había dedicado todo su tiempo y entusiasmo a los estudios liberales. Por algo, este pequeño grande libro, habría de ser usado, durante dos siglos, como guía, por los grandes educadores humanistas.

Vergerio escribió el libro para un niño de uno de sus amistades. Le empieza diciendo: «Tus distinguidos progenitores decían que un padre debe a su hijo tres prerrogativas: un buen nombre, un país del cual sentirse orgulloso y una educación. La última de éstas es la más importante, el fracaso en ella es irreparable.»

Consideraba que hasta que el niño alcanzara la edad normal de positiva comprensión, era necesaria la rivalidad que espolease el deseo de aprender. Las inteligencias difieren y aquéllos con sólo una modesta capacidad tienen una mayor necesidad de la educación a fin de que sus defectos puedan ser corregidos. La definición que Vergerio hace de una educación se expresa en el trozo que citamos: «Llamamos estudios liberales a aquéllos que son dignos de un hombre libre; aquéllos estudios por medio de los cuales llegamos a alcanzar y practicar la virtud y el juicio; esa educación que levanta, ejercita y desarrolla las más altas dotes del

cuerpo y del cerebro, las cuales ennoblecen al hombre y que con gran acierto han sido juzgadas para alinearse junto a la virtud y a la dignidad solamente, pues para un temperamento vulgar ganancias y placer son su sólo objetivo en existencia, para una naturaleza elevada, valor moral y fama.»

Vergerio sigue muy de cerca a Quintiliano en sus concepciones sobre educación cuando dice: «Tal educación debe empezar temprano, pues más tarde no llegaremos a alcanzar madurez al menos que en nuestros tiernos años vayamos con sinceridad a su búsqueda. Poder hablar y escribir con elegancia es una ventaja grandísima tanto para la vida pública como privada; y el conocimiento profundo de la literatura nos permite emplear nuestro ocio de una forma agradable y provechosa. Piensa, por contraste, en Domiciano, quien, aunque era hijo de un emperador, no encontraba nada más entretenido para sus ratos de ocio que matar moscas. La literatura hemos de pensar, consiste no sólo de hechos sino de pensamiento y estilo también. Yo no creo que los pensamientos sin estilo, y seguramente sólo los hechos, serán capaces de atraer mucho la atención o agenciarse una segura supervivencia. ¿Qué mayor atractivo puede ofrecer la vida que este poder de hacer el pasado, el presente y el futuro nuestros medios de la literatura? Podemos decir con Cicerón: «¡Qué brillante familia es la familia de los libros!»

El tema principal del Renacimiento sobre qué disciplinas habían de seleccionarse para una educación liberal, fué cosa que preocupó a Vergerio grandemente. La primera y principal de estas disciplinas era la literatura y una parte importante de la literatura, la historia, la cual atrae y es de gran provecho. A ésta debe seguir la filosofía moral y la elocuencia. Por medio de la filosofía aprendemos lo que es verdad; la elocuencia nos enseña a decirlo de una forma convincente, y la historia aporta la luz de la experiencia. A esto debe agregarse la música, la poesía, la lógica, la aritmética y la geometría, y si fuese preciso un estudio profesional, tales como la medicina o la ley.

Quien mucho abarca poco aprieta.

Refiriéndose a la forma de enseñar y aprender decía que debería ponerse gran cuidado en no abarcar demasiado de una vez y de no pasar de una disciplina a la otra de una manera precipitada, pues sólo siendo sistemáticos y poniendo toda nuestra voluntad en un solo tema a un tiempo tenemos la esperanza de salir airoso. Cuidado y trabajo deben ser adaptados a las facultades del niño. Dada una buena predisposición, pueden ser de utilidad tres métodos: un repaso sistemático cada noche de lo que se ha estado haciendo durante el día; la costumbre de discutir cada lección con otro estudiante o con varios; y la enseñanza a otro estudiante más joven de lo que hemos aprendido recientemente. Por encima de todo, la perseverancia es esencial, pues nada ayudará más a la adquisición de conocimientos no importa en qué rama del saber, que la constancia en la búsqueda de datos que ayuden a esclarecer la senda que conduce al objetivo que nos hemos propuesto alcanzar.

Muchísimos de los componentes del nuevo movimiento favorecían la educación de las muchachas de las clases superiores. Entre ellos, Vittorino puso en práctica la admisión de muchachas en sus clases, y Leonardo

Bruni, un año después de la publicación del libro de Vergerio «Sobre la Educación de los niños», publicó un panfleto dirigido a Baptista Malatesta, hija de la casa ducal de Urbino, sobre la educación de las niñas. El panfleto se componía de sólo unas cuantas páginas, pero en éstas Bruni se dedica a seleccionar las disciplinas que Baptista habría de estudiar, recomendando un curso completo de literatura, historia y poesía. Bruni compartía la opinión de sus contemporáneos humanistas, o de la mayoría, de que la astrología había de ser descartada del programa de educación para las muchachas, considerando además que las matemáticas tampoco era una asignatura apropiada para éstas. Así, de la misma forma, la retórica y la oratoria debían quedar fuera de la esfera de sus actividades. De otra parte la religión y la ética eran consideradas de suma importancia en la educación de las muchachas.

Esta actitud un tanto reservada, de desconfianza, tal vez, en la capacidad femenina para desarrollar muchas de las disciplinas que se consideraban parte de una educación liberal, parece desconcertante viniendo de hombres llamados humanistas que afirmaban que la educación estaba llamada a encuadrar el cultivo del cuerpo y del cerebro, que era el motivo para la coordinación de la moral griega y cristiana y para el desarrollo del hombre como ciudadano. Que el cultivo de la ética, el buen comportamiento, el patriotismo, etc., saldrían de la educación liberal que todo humanista buscaba y defendía. Que las letras y la filosofía eran consideradas como la preparación ideal para el estudio profesional, y que para profundizar en los estudios del género humano era preciso tocar todas las disciplinas e ideas no importa de donde procedieran éstas. Sin embargo no hemos de olvidar que estos hombres eran el producto de su época, de una época que se debatía entre la luz y las tinieblas y que sus ideas eran hijas de un pasado que nunca hizo de la educación una necesidad en la cual habrían de participar por igual el hombre y la mujer.

Los humanistas de los siglos XIV y XV produjeron muchos tratados que en casi todos se hablaba de educación.

Muchos de ellos se dedicaron sólo y exclusivamente a la enseñanza, sin dejar nada escrito, otros escribieron y enseñaron al mismo tiempo.

Entre los grandes maestros figuraba Guarino de Verona de quien ya hemos hecho mención como profesor de griego y colector de libros antiguos. Su escuela en Ferrara alcanzó fama europea hasta el extremo de que sus alumnos se reclutaban en todos los confines: en Francia, en Alemania, España, etc. Guarino hizo una traducción al latín del ensayo pedagógico atribuido a Plutarco el cual vino a alinearse con Quintiliano en las bibliotecas de los maestros humanistas. Su carácter, su moral y su influencia sobre sus alumnos, eran cualidades que le hacían acreedor de las mayores alabanzas. Este carácter excepcional, era un humanista en todos los sentidos y sentía una gran admiración por Cicerón y Virgilio. En una carta a uno de sus alumnos esboza un método de educación que atribuye a su suegro Crisóteles. Este método trata de la lectura y de su interpretación. Con la lectura en alta voz aumenta la comprensión; este ejercicio debe ir seguido de un análisis gramatical y de un estudio minucioso del sentido exacto de

las palabras, por la repetición y por medio de un resumen bien elaborado. La traducción de no importa qué no debe ser profusa, sino exacta. Los párrafos interesantes y bellos deben ser copiados en un libro de selecciones y aprendidos de memoria. Los libros que se lean deben ser discutidos con otros estudiantes y con los amigos.

Battista, hijo de Guarino, en su libro «Sobre el Método de Enseñar y Leer los Autores Clásicos», expuso doctrinas sobre educación que eran las de su propio padre. El libro contiene consejos importantísimos, consejos que ya habían sido adelantados por otros maestros, no obstante consejos al fin que la constante repetición de los mismos no mermará en nada su valor, al contrario, los incorporará al lenguaje y vida ordinarios. Al estudiante debe dejársele pensar por sí mismo como si se preparara a enseñar lo que estudia, permitiéndosele la lectura no sólo de los libros de texto sino cualquier otro libro o comentario que halle. El debe determinar el preciso sentido y fuerza de las palabras; debiendo escribir sus notas como si éstas fueran para darlas a la publicación. Debe recomendársele al estudiante la costumbre de hacer extractos, tales como los de reproducir párrafos semejantes de varios autores. Como los pitagóricos, el estudiante debe repasar cada noche lo aprendido durante el día; cada mes, la lectura de las cuatro semanas precedentes. La lectura en alta voz es provechosa para el cerebro y para el cuerpo. Al estudio deben dedicársele horas marcadas, y el plan que se trace debe ser seguido sin interrupción; pues debemos de reconocer que un sistema regular en el estudio es de capital importancia, se puede decir que la regularidad en el estudio es tan importante como la armonía de compás y nota es al coro. Hablando de Cicerón, Battista Guarino le cita en literatura como la inspiración de la juventud, la alegría de la vejez, el adorno del éxito y el consuelo ante la adversidad.

De los libros no pueden expresarse juicios más ciertos ni más verdaderos que los emitidos por Battista. «Los libros», dice, «no ofenden ni reprochan, ni evocan vanas esperanzas o temores. Sólo por medio de los libros conversaremos con las mejores y más grandes inteligencias de los grandes hombres del pasado, y no habrá ocio más bien y noblemente empleado que aquel pasado entre libros.»

Vittorino fué maestro más estricto que los anteriores, ya que éste no escribió nada, ni coleccionó manuscritos, ni tomó parte en la vida pública. No obstante su popularidad y fama fué tan grande y tan duradera como la de los demás. Vittorino de Feltre nació en una aldea de la montaña del este de los Alpes en 1378. Su padre era pobre, pero era algo educado y aunque la aldea se hallaba bastante alejada de los centros de educación y carecía de recursos culturales, dió a Vittorino la oportunidad de adquirir los rudimentos de latín. A la edad de dieciocho años ingresó en la universidad de Padua con la cual había estado asociado el gran Petrarca. Allí estudió bajo uno de los discípulos de Petrarca y donde probablemente se encontró con Vergerio que era un profesor paduano. Siendo tan pobre hubo de abrirse camino dando lecciones de latín; no obstante, la falta de medios económicos no obstaculizó el interés que puso en el estudio de las matemáticas cuando éstas sólo empezaban a renacer.

Entre sus compañeros se contaban hombres tan famosos como Filelfo, Trebizonda, etc., y tuvo estrecha rela-

ción con Gasparino de Barzizza, con quien estuvo parando por cierto tiempo. Barzizza era considerado el latinista más grande de su tiempo. Vittorino estudió griego bajo Guarino quien a su vuelta de Constantinopla abrió una escuela en Venecia.

Por su actividad, su buena predisposición, sus simples costumbres en el vestir y en gustos, Vittorino era querido en los círculos sociales y universitarios. Durante veinte años había estado en Padua y Venecia como estudiante y como maestro. A sus escuelas acudieron los hijos de las más grandes familias de las dos ciudades; pero a pesar de esto, Vittorino no se limitó a enseñar a los hijos de los ricos solamente, sino que, haciendo honor a las dificultades que en su juventud había tenido que vencer para abrirse paso en la vida y en sus estudios, admitía gratuitamente en su escuela a algunos niños pobres mientras que los ricos tenían que pagar las contribuciones estipuladas.

La escuela de la corte de Padua.

Gianfrancesco Gonzaga, Marqués de Mantua, en 1423 invitó a Vittorino a que se hiciera cargo de la escuela de la corte paduana, para ello Gonzaga hubo de insistir acerca de él y ceder a las condiciones que exigía hasta el extremo de que el marqués lo dejaba en libertad de fijar su propio salario, de que tuviera dominio completo sobre la escuela y los alumnos, que continuara la costumbre de educar gratuitamente a algunos niños pobres que lo merecieran intelectualmente. Vittorino, aunque no de muy buena voluntad, aceptó la oferta y durante veintitrés años fué director de la escuela de la corte de Padua.

El conjunto de sus alumnos lo formaban los hijos del príncipe, los de la nobleza y ricos comerciantes, algunos extranjeros juntamente con niños de pobres que prometían intelectualmente. La edad de los alumnos era irregular; los había de seis, ocho y de ahí en adelante hasta más de veinte, aunque estos últimos al mismo tiempo que estudiaban ayudaban en la escuela. El gran Vittorino al mismo tiempo que como maestro actuaba

como padre y compañero de sus alumnos, interesándose de su salud, tomando parte en sus juegos y acompañándoles en sus paseos campestres. En el internado no se permitía lujo de ninguna clase, ni siquiera a los príncipes, y la disciplina de los juegos y ejercicios, las buenas maneras y buena conducta tenían que aceptarlos todos por igual.

En la escuela, los alumnos más jóvenes empezaban con letras de juego, deletreo y lectura. Después seguía el hablar y leer en alta voz poniendo gran atención en la articulación, pronunciación, etc. Como un medio de la elocuencia se enseñaba la declamación, y como base de la educación intelectual se hacía un estudio profundo de los clásicos, latinos y griegos. Los estudios no estaban limitados a la literatura, abarcaban un conocimiento de la historia y filosofía antiguas así como juegos y actividades físicas. La aritmética se enseñaba para uso práctico y para llevar a la mente del alumno un ejercicio de precisión. Para juegos, en sus primeras etapas seguían los principios platónicos, y la geometría (que tanto amaba Vittorino y en la cual adquirió fama como maestro), la astronomía y elementos de física, también formaban parte de los estudios. Entre las actividades de la escuela se contaban el canto, la música y el baile.

Una de las omisiones lamentable del programa era el estudio de la lengua vernácula, omisión poco normal en un humanista cuando éstos parecían no olvidar punto alguno en su programa de estudios que ayudara a descubrir más y más la naturaleza humana, y esto en un periodo de la historia cuando los pueblos iban adquiriendo conciencia de nacionalidad bien definida y las lenguas vernaculares empezaban a hacer su impacto, bastante considerable, en las letras y culturas nacionales.

Escuelas del tipo de la de Vittorino existían bastantes, pero en ninguna de ellas podía hallarse un conjunto de ideas tan completo y que al mismo tiempo encarnara tan bien los principios de educación del Renacimiento.

J. Ruiz



Opiniones sobre Tolstoi y detalles de su vida

RELATA Mauricio Kues en el prefacio de su libro «Vida de Tolstoi» que según dos o tres libros, infima parte de lo escrito sobre el gran ruso, Tolstoi era:

el escritor más grande de la tierra rusa;
un visionario no muy inteligente;
un hidalgo entregado a hacer literatura de propietario;
el restaurador de la verdadera doctrina cristiana;
un cristiano artificial;
un erotómano;
un santo;
el artista más fotografiado de su tiempo;
un apóstol de los tiempos modernos;
un anarquista peligroso;
el padre del bolchevismo;
un millonario que jugaba a zapa-tero;
un latinista muy malo y un mediocre filósofo;
un pensador inspirado por el espíritu profético;
un falso profeta;
un místico desviado;
un gran señor con gustos de aristócrata;
un artista de gran genio;
un sociólogo simple de espíritu;
el ingenio más atrevido de su tiempo;
un ignorante.

El propio Kues dice que no era nada de todo eso, que Tolstoi ha sido tan sólo un hombre.

Un hombre que vivía entre otros hombres, en los campos, entre las flores, en medio de un decoro terrestre y humano que ejercía, como para cada quisque, una influencia inexplicable, cuyo papel no se puede medir ni calcular.

Mis ojos, dice aún Kues, miraron fijamente la mancha que poco a poco iba creciendo, pasando alternativamente de la sombra que proyectaban los tileros a la luz resplandeciente del sol.

Venía lentamente apoyándose sobre su cayado, no como un anciano que necesita ayuda, sino como un cami-

nante algo cansado. No podía todavía distinguir sus líneas, pero reconocía su silueta, que me era tan familiar como a los millares de admiradores cuyo destino les condenaba a no verlo jamás. Salió por fin de la hilera de tileros, entró en la plaza de recreo, cuyo piso está cubierto de arena amarilla, completamente soleada. Súbitamente apareció grande, muy grande... era Júpiter en su Olimpia.

A Tolstoi no se le veía para desayunar porque tomaba el desayuno en su habitación. Se levantaba pronto y, una vez aseado, iba a vaciar sus aguas «a fin de no deshonorar a un sirviente con tarea tan baja». Era un gran hombre incluso para los criados.

Un día escribió la frase siguiente: «No creeré jamás en los sentimientos humanitarios de un hombre que hace vaciar su orinal a otra persona.»

Después de haber cumplido ese deber de humildad, el único que lo practicaba en la casa, hacia un paseo a pie y tan pronto de vuelta se encerraba en su gabinete para trabajar, a menudo con su hija Alejandra, que le servía de secretaria.

Pensando en Tolstoi uno recuerda que hay algo más que los bienes terrenales. No hay duda de que si

Tolstoi viviese todavía en un país cualquiera de Europa, estaría en la cárcel, en un campo de concentración o deportado a alguna isla. Además, le sería imposible escribir o publicar. Su pensamiento no puede ser reivindicado por ningún partido, ni por ninguna religión. Toda su vida es una profesión de fe anárquica.

Tolstoi condena al gobierno por la violencia que ejerce para mantener el poder, como condena también la violencia que emplean los que se entregan a la acción para sustituirlo. La violencia es el mal inicial que encadena a los hombres y los mantiene esclavos.

Se sabe que Tolstoi era vegetariano y se le servía cada día una sopa de sarraceno, la famosa «kacha» del campesino ruso. Este plato reemplazaba a la carne que figuraba en la comida.

Sofía Andreevna, su mujer, decía que Tolstoi era un niño; un niño que había que alimentar, vestir y proteger porque no sabía más que pensar, soñar y deslumbrar a los otros con sus sensueños.

Quien debió de tener buena opinión de Tolstoi fué Tomás Alva Edison, ya que como prueba de estima le regaló un fonógrafo, resultado de su propio ingenio y sabiduría.

TODO

En la vida oficial es mentira todo:

mentira el pacto constitucional,
mentira las ficciones legales del sistema,
mentira la ley fundamental del Estado,
mentira la Gaceta,
mentira la representación parlamentaria,
mentira los votos de la mayoría,
mentira el «Diario de Sesiones»,
mentira las promesas,
mentira los programas,
mentira la adhesión,

El abuelo Carafles y la muerte

por Mariano VIÑUALES

C IEN años, y qué floridos en loanzas populares, aquéllos del abuelo Carafles! Hasta el alias en boca de las gentes era una expresión de cariño. Llamábanle así, porque el abuelo solía intercalar, anteponer o posponer esa palabra en sus periodos discursivos, sentencias o frases. Y con ella expresaba toda la polifacética diversidad de sentimientos: alegría, satisfacciones, asombro, indignación si es que el abuelo — cosa insólita — se indignaba alguna vez. Y con ella daba también rotundidad a una frase, a una idea, a un pensamiento. Cuando el abuelo añadía, a modo de rúbrica, su ¡carafles! a un parlamento suyo, se intuía que no admitía réplica. Aquello era así, porque lo decía el abuelo Carafles.

¡Y aquellos sus decires tan llenos de sapiencia unas veces que hacían pensar a los cascos más ligeros y tan llenos de ingenio otras que hacían reír a las testas más graves! El abuelo Carafles era consultado siempre a propósito de cualquier empresa doméstica por sus vecinos. A tanto llegaba su fama de hombre ecuaníme, ponderado y otras yerbas. Y para todos tenía el consejo oportuno de su sabiduría, colmada como un troje, de conocimientos, avisos y experiencias de su larga vida de campesino labo-

rioso, cabal y experimentado. El abuelo barruntaba los cambios de tiempo con sólo otear el horizonte. Sabía del tempero de la tierra para la arada, la bima y la siembra. Y conocía las lunas propicias para los planteles, los trasplantes y las podas. Nada que al campo y su laboreo atañese le era ignorado. Lo sabía todo. De ahí que sus vecinos acudiesen siempre a él en demanda de un consejo. Y por eso el abuelo Carafles corría en las lugareñas lenguas entre bendiciones y loanzas.

DE dónde sacaría el abuelo Carafles aquella permanente euforia de su vivir? Siempre sonreía. Si en su vida había penas o no, cosa es que está aún por averiguarse. El abuelo Carafles sonreía a todos y a todo. Y era su sonrisa transparente como el cristal de su mirada. Ambas, mirada y sonrisa le subían, como una claridad y un alborozo, del fondo de su persona. ¡Pero aquella su euforia!... ¿De dónde le vendría al abuelo Carafles? Un día me habló:

—He vivido de gracia lo menos cincuenta años. Si, yo soy muy viejo. Año más, año menos, debo rayar en

los cien. Pues desde los cincuenta mi vida es una propina, una chorrada vamos. Si, ya verás. Tenía yo... pues eso, cincuenta años y estaba para irme al otro barrio. Los médicos no daban por mí ni una perra chica. Como que hasta me señalaron un plazo para morirme. Pero el plazo pasó y yo no me morí.

—Se equivocaron los médicos —le interrumpí yo.

—Si, hijo: los médicos sólo te matan cuando no se equivocan... Pero escucha y verás. Por entonces cogí una costumbre que aún me dura y que me ha hecho mucho bien. Pasado el plazo aquel, cada noche al ir a acostarme yo me decía: «Pues me moriré esta noche». Y me dormía convencido de que los médicos no se habían equivocado más que en calcular el plazo. Y, al despertar y verme vivo al día siguiente, me decía: «Pues no, aún tengo por delante otro día.» Y así, muriéndome todas las noches y resucitando todas las mañanas, he vivido otros cincuenta años de propina. Y ya no le temo a la muerte. Me he acostumbrado a ver en ella a mi niñera que todas las noches viene y me dice: «¡Hala, a dormir; que es hora!» Y para mí el dormir y el morir es ya una misma cosa; un sueño más o menos largo con despertar o sin él. La única diferencia consiste en que la Muerte, que es nuestra niñera, nos deje levantarnos de la cama.

MENTIRA

mentira la disciplina,
mentira la ley,
mentira el presupuesto...

Hay mentira administrativa, representativa, eclesiástica, militar, naval, académica, jurídica, penal, procesal, bancaria, bursátil, aristocrática, democrática, moral, estética, higiénica, médica, alimenticia...

El Estado entero es una gran mixtificación, un colosal infundio.

Alfredo CALDERON

E NTONCES comprendí la causa de aquella permanente euforia de su vivir. El abuelo Carafles — caso insólito — no tenía miedo a la muerte, ese miedo que sólo conoce el hombre y que no conocen los demás animales, porque es un producto monstruoso de la conciencia. En biología el finalismo se circunscribe a la defensa de la vida, a la supervivencia; en el hombre le acompaña, atormentándole, a lo largo de toda su vida. Pero el abuelo Carafles, con sólo identificar la muerte con el sueño unos instantes cada día, había conseguido, desde hacía ya cincuenta años, liberarse de esa tortura.

EL NATURALISTA

ERASE un buen hombre que, sin cuidados para vivir, comenzó por coleccionar mariposas y había acabado por coleccionar títulos y honores. Suceso frecuente entre los sabios desinteresados. Acaso no desinteresados. Acaso puesta la mirada en su porvenir. Si en alguno el desinterés es real, es excesivo extender a todos el mérito. Lo comparte, el que lo tiene, si lo tiene, con miles de criaturas de quien nadie habla, y que no pocas veces han dejado al mundo bienes más valiosos que los investigadores: una conducta intachable, un comportamiento ejemplar.

No cuentan estos valores, ya se sabe, pero no hay otros comparables con ellos. La gloria que se encuentra en vida es raro que no fuera buscada. Aun por buenos caminos, y no siempre son buenos caminos los seguidos por los investigadores.

El coleccionador de mariposas no tenía sobre su conciencia la aparición de ningún mal. Era, ya se ha dicho, un buen hombre. La busca de esos insectos, tan varios y tan abundantes, le llevó a mirar las hierbas y a estudiarlas. Y la observación y el estudio de las hierbas le arrastró a la observación y al estudio de los árboles. Le nació tal deseo de saber qué eran aquellos humildes animalillos, las plantas de que vivían, los bosques en que se multiplicaban, que todo su tiempo, disponible, le pareció poco para correr de un lugar a otro de su país. Y pronto no se contentó con las mariposas, las hierbas y los árboles de su país: quiso ver, observar y estudiar los de otros países. No había para él, hombre de posición, fronteras. Poco a poco, casi todo el mundo le fué conocido. El mundo de los insectos, de las plantas y de los árboles. No otro: menos que ninguno, el de los hombres. Pasaba por entre ellos como por entre sombras. Rara vez hablaba con alguno. Aparte la dificultad de las lenguas, nada tenía que decir a nadie, nada, a su juicio, tenía nadie que decirle a él. Arca cerrada, por si juzgaba a los demás.

A la vuelta del primer viaje al extranjero, publicó su primer libro. Seguido de otros tras otros viajes. Finalmente, dió cima, cuando renunció a viajar, ya viejo, a una clasificación de las mariposas, de las hierbas y de los árboles. Sabía que existían otras. No quiso leerlas. Pérdida de tiempo inútil. Hizo la suya. Ni mejor ni peor que las otras. Modesto, tenía su orgullo. No quería deber nada a nadie.

Había en su país muy pocos sabios. Se pregonó, por sus libros, y por su obra final, su sabiduría. Pronto pregonada en otros países, por razones menos claras. No se habían traducido aún sus libros ni su clasificación a ninguna lengua, y su lengua, en el extranjero, era poco cultivada. Se daba fe de lo que otros daban fe. Tal vez para que se produjera fenómeno inverso. El mundo de los sabios no es distinto de cualquier otro. Se eleva a las nubes lo lejano, que no hace sombra, se menospre-

cia lo que se tiene junto a sí, que puede hacerla. Casi siempre el elogio del desconocido es censura del conocido. Se vive, lo mismo entre los sabios que entre los profanos, no de lo que se tiene: de lo que no tienen los demás.

Se tradujeron, más tarde, los libros y la clasificación del sabio, a muchas lenguas. Era ya el naturalista, en todo el mundo, el sabio naturalista. Sin haber leído las otras clasificaciones, había corregido sus errores. Conocidos e imperdonables. Y que esperaban corrección. No había en su clasificación mariposa que no estuviera en la suya, ni hierba, ni árbol. Se defendía él de alabanzas tan extensivas. De un modo que era como no defenderse. Sonriendo, sonriendo, muy contento de sí allá en el fondo de su alma. Modesto, le saltaba a la cara la vanidad. Pero como no eran buenas maneras mostrarla, se deshacía en excusas, que no lo eran, ni advertía que no lo eran.

Sólo merecía un género de reconocimiento. Sus investigaciones habían sido inofensivas. Puesto a coleccionar y clasificar microbios, tendríamos hoy muchas más enfermedades. Apenas morían, nuestros antepasados, de tres o cuatro. Ahora, abundan tanto como los encargados de combatirlos. Y no hay que pensar cuál habría sido el resultado, con su paciencia, si hubiera dirigido la mirada a las fuerzas desconocidas que nos circundan. Dispondríamos, en este momento, de medios nuevos con los cuales destruirnos. Otros investigadores nos lo han puesto en las manos, pero él se había anticipado, y, seguramente, llegados un poco antes, ya no habría quien escribiera su historia.

Simple historia, es cierto, a pesar de su fama. En sus últimos años, mundial. No había Congreso, fuese de lo que fuese, a que no fuera invitado. Como sabio, se le suponía entendido en todo. Para asegurar la paz, para correr en ayuda de los pueblos hambrientos — Congresos muy vistosos —, para establecer intercambios culturales, o científicos, o económicos, no pasaba año sin que las figuras del día se reunieran. Y una de las primeras, entre las primeras, era él. Apenas hablaba, pero su presencia bastaba. Todo el mundo le sabía allí, con su celebridad, y eso inspiraba confianza. No acude un sabio tan sabio a discutir graves problemas por puro lucimiento. Le lleva a donde se discuten un deseo de poner remedio a males evidentes. Si el remedio no viene, la culpa no es de él, ni de los otros sabios como él. Pensar en busca de acrecentar su fama, sería una injuria. Llega un momento en que ésta no puede ser mayor. En la aldea más lejana, del más lejano país, se conoce su nombre. No se sabe qué ha hecho, pero se conoce su nombre. Y se respeta. Nombre venido de tan lejos, es gran nombre. Más grande que el más grande del país. Ha tenido que atravesar las fronteras, que saltar por encima de quién sabe qué obstáculos para llegar hasta allí.

Entre pocos hombres se habla con más reverencia de

los sabios, malhechores de la humanidad, en general, que entre los hombres sencillos y como no salidos de la infancia. De los cuales merecen, más que nadie, menosprecio. Han defraudado sus esperanzas, todas sus esperanzas. Les creían entregados al bien, no sabían a qué bien, y les han traído males infinitamente peores que los que soportaban. Esperaban de ellos luz, y los han hundido en tinieblas. Todas sus investigaciones desinteresadas, pocas veces desinteresadas, fuera mejor que jamás se hubieran hecho. Han convertido el mundo en infierno más infierno que era. Los hombres sencillos, sufrientes, inclinados desde el nacimiento sobre su tarea, agotadora, tenían la ilusión de que los sabios trabajaban para salvarles de ella, o para hacérsela menos penosa. Les han dejado sin tarea alguna, o los han transformado en partes minúsculas de mecanismos monstruosos.

No podía decirse del sabio naturalista que era un malhechor más. Tampoco que era, como se le llamaba, un bienhechor. Liberado del trabajo, por herencia cuantiosa, había buscado una distracción. Se convirtió la distracción en manía. No se satisfizo con el placer que su manía le proporcionaba. Quiso que se le aplaudiera por el placer que sentía. A ningún otro blanco disparaba las flechas de sus libros. A ningún otro blanco iba dirigida la de su clasificación. Sin clara conciencia de que era ése el blanco elegido (no tenemos conciencia sino de mínima parte de nuestros actos). Gozoso al descubrir el resultado, sin conciencia buscado, pero buscado.

Tuvo más que buscaba. Al aplauso de sus compatriotas, por el placer que sentía, se añadió el de hombres de

otros países. No pasaba día sin que, de una u otra parte del mundo, le llegaran. En cartas, en periódicos, en revistas. Y luego, siguieron a los aplausos los honores. Hasta de países cuya existencia ignoraba. Ningún otro sabio, en los Congresos, podía ostentar más que él. No los ostentaba, no hacía alarde de ellos — nunca olvidaba las buenas maneras —, pero alzaba la cabeza, sin motivo para alzarla, como para que se vieran. No había tenido tiempo, como para tantas otras cosas, de aprender cuán poco valían.

Tropezó en un Congreso con otro naturalista, menos sabio que él, de país por él no visitado. Hablaron, no de la paz, razón del Congreso, sino de mariposas, y de hierbas, y de árboles. Y, al hablar de árboles, de frutas. Había muchas, en el país por el célebre naturalista desconocido, que el célebre naturalista no conocía. Descubrió, con disgusto, que su clasificación era imperfecta. Inocente, a pesar de su sabiduría, no dejó de la mano al otro naturalista, temeroso de que se descubriera a por él descubierto. Y rogó a éste, al despedirse, le enviara algunas de aquellas frutas para él desconocidas.

Fué el ruego un honor, para el naturalista menos sabio, y en cuanto llegó a su país, con sumo cuidado, una caja de frutas para su eminente colega. Entre otras, dos espléndidos melones.

Y el célebre naturalista, al abrir la caja y verlos, exclamó:

— ¡Voy a morir sin ver el árbol que da tan hermoso fruto!

z

DENIS

Vida de CENIT

Seguimos publicando la relación de donantes en pro de nuestra Revista, hasta fin de noviembre. La constancia solidaria de nuestros lectores y amigos, frente a las amenazas de los servicios de la dictadura española, es un exponente de la firmeza de los hombres libres que se niegan a aceptar la arbitrariedad, que rehúsan renunciar al principio de libertad de expresión como manifestación elemental del pensamiento al servicio de la humanidad aspirante a la justicia y a la dignidad como sistema de convivencia.

A pesar de todo nuestra Revista ha sido condenada nuevamente. Es decir, la pena que se nos infligió ha sido confirmada en «appel». En consecuencia hemos de pagar y pagaremos gracias al concurso generoso de todos los amigos que han aportado su colaboración. Hemos pretendido evitar un precedente estimulante para que los tiranos persistan en sus designios persecutorios. Hemos logrado una satisfacción: la de haber intentado que la voz de la Libertad se haya hecho oír. Persistir es evidente que nos conduciría a consecuencias judiciales y financieras completamente negativas y costosas. Por ello optamos por dar fin a este largo proceso y pagar la sanción que se nos ha impuesto.

	N.F.
B. Corcero, Aix en Provence (B. du Rh.)	15,00
E. Caro, Brest (Finistère)	2,40
J. García, Sarlat (Dordogne)	1,70
M. Archs, Limoges (H. V.)	2,00
D. Esteban, Prades (P.O.)	1,20
J. Planas, Toulouse	3,00
F. Local de Venissieux (según lista):	
A. Azuaga	4,00
J. Morente	2,50
A. Ortega	2,50
E. Agustín	3,00
J. Agustín	3,00
G. Muñoz, Montluçon (Allier)	3,00
C. de R. de Alger	175,40
Grupo de compañeros de Vacaville, Calif. USA. ..	72,80
V. Agustín, Beziers (Hérault)	10,00

Total 301,50

Administración de CENIT

Reclusiana del agua

por Alberto CARSI

UN español residente en Valparaíso, el doctor Pancela, escribió un libro titulado «Inverosimilitudes bacteriológicas», en el cual detallaba, con todos los pormenores, la vida de los microbios a través de todos los caminos que les ofrece su manera de ser. Lo pintoresco y cómico iba acompañado de lo trascendental y serio, constituyendo un todo entretenido y curioso, a la vez que aleccionador e instructivo en alto grado.

Seguir la vida de los microbios, es, en gran parte, seguir el curso de las aguas, si bien no en su totalidad, pero que, añadiendo lo no comprendido en aquel erudito estudio, que son los momentos de la pureza del agua, tenemos completa la «Reclusiana» que hoy nos proponemos redactar.

Por desgracia no poseemos dicho libro, pero fué entonces tanta la impresión que nos causó su contenido, que quedó grabado en nuestra mente como en la piedra y en el metal hunde el Arte las líneas de sus bajorrelieves y de sus famosas inscripciones clásicas.

★
ES un día caluroso de verano, y estoy sentado sobre la arena ardiente de la playa. La multitud se baña

en el mar, mientras éste respira lenta y levemente, como si fuera un ser rendido por la fatiga. Las olas son frecuentes y pequeñas, redondeadas en el fondo y susurrantes en la rompiente, y, tanto de los amplios surcos que constituyen los espacios entre ellas, como de la espuma que al chocar éstas con la arena, se forma, surge un ligero vapor que se disuelve en el aire a pocos centímetros de altura, sin dejar rastro aparente ni memoria en la gente distraída.

Pero nosotros, que somos gente también, pero que no somos distraídos, aunque no vemos el camino que sigue el vapor acuoso, lo seguimos con la imaginación.

El vapor sube invisible, mecido por el viento, vacilante seguramente como una gasa tendida y como desorientado, pero siempre ascendente, verticalmente dinamizado, sediento de subir, anhelante de elevarse, dejando allá bajo, como cosa olvidada y relegada a la inutilidad. Esta cuna es el mar; el gas invisible que se eleva, es el agua pura que renace una vez más en su vida eterna.

Pero, el camino invisible del agua, como todos los caminos, tiene su fin. Y este fin está en lo alto, donde por contraste gracioso, la temperatura es baja, y allí, en lo alto, en la vertical del mar, vemos que, sin causa aparente, se forman nubecillas, y nubes mayores, y cúmulos inmensos que el viento empuja luego hacia las verticales de las tierras y de los montes. Estas nubes son el agua que no veíamos y que la vemos ya, pero ahora ni es líquida como en el mar, ni gaseosa como en su ascensión, sino que está convertida en vesículas, en diminutas vejiguillas, en globos minúsculos que le dan estabilidad en el aire y facilidades para su transporte. Y corre entonces, para internarse en los mares o internarse en los continentes a merced de las corrientes atmosféricas. Fenómenos de congelación aplastan y aglutinan las vesículas y se forman las gotas que caen sobre la tierra en forma de lluvia, y si estos fenómenos de

congelación son más intensos, se forman copos, y cae el agua en forma de nieve, de granizo, o de piedra, si la electricidad atmosférica interviene.

Al ponerse en contacto el agua nuevamente con la tierra, pierde su pureza; su caída le ha sido fatal, como lo son todas las caídas. Entonces vuelve directamente al mar; cae sobre las tierras llanas sedientas; se deposita en lagos, o corre desde las cumbres de los montes, por sus vertientes, parte de ella, y va a formar torrentes, que reunidos son ríos. La otra parte se infiltra en la tierra para formar ríos también, pero más amplios y más lentos, llamados corrientes subterráneas.

El agua, ya lo hemos dicho, perdió su pureza, y con gran facilidad puede convertirse en morbosa; y aquí empieza el dominio del higienista y del escritor científico; aquí empezaba la materia del mencionado libro del Dr. Pancela, el cual decía que el agua es la gigantesca escoba que barre todas las inmundicias del mundo hacia el mar, el cual no se corrompe por la cantidad enorme de sales que contiene (un promedio de 45 gramos por litro), por el número de seres que viven y se alimentan en su seno, y por la acción oxidante de la luz sobre su vasta superficie, facilitada por el movimiento de las olas, por el choque con las costas y por la espuma.

Pero el agua, no solamente es mar, vapor, nube, lluvia o nieve, torrente o río y capa subterránea, constituyendo su conjunto un circuito físico-mecánico cerrado como una rueda en eterno movimiento. El agua es algo más. El agua es bebida y humores de todos los seres vivos. El agua es savia en los vegetales y sangre en las personas y los animales. Ella es gota de rocío sobre las flores y lágrima en los ojos humanos. Es luz y fuerza en las cataratas y desniveles, y fecundidad en los regadíos. Espejo tranquilo en los lagos, y explosivo peligroso en los glisieres de los volcanes. Es destrucción en las costas bravas, y arquitecto maravilloso en las grutas. Es amenaza en las inundaciones, y placidez en las fuentes. El agua es el Dios Proteo materializado, que cambia de forma en cada lugar y cada momento, manifestándose como la peor, y como lo más bueno indistintamente. Se ha dicho, en fin, del agua, que es la única divinidad que realmente se la ve descender del cielo. Por todo esto, han habido civilizaciones que han empleado el agua como factor supremo de su adorno y comodidad, y otras que la han odiado y hecho odiar como cosa abominable.

★
SIN embargo, el pensador, el hombre consciente, no ha de vender su libertad de apreciación y ha de atenerse a lo que observa, sin dejarse sugestionar. Y yo observo, desde la playa donde estoy sentado frente al mar, cómo se desliza sobre las olas un trasatlántico majestuoso e imponente como una isla. Lo sostienen los hombros del mar, los músculos del agua, y la pesada mole es soportada por este elemento líquido, como lo sería la pluma de un ave o el corcho de una botella. El navío, la creación humana más orgullosa de todas, en Paz y en Guerra, no es más que un juguete de las olas, las que no se alteran ni se conmueven en lo más mínimo ante las creaciones de los hombres, por formidables e inauditas que sean.

Pero el agua, aun siendo tan poderosa, se presta sumisa a formar parte de la maravilla del Arte Social, y así vemos esas fuentes monumentales adornándose con los soberbios penachos de agua que surgen arrogantes y que descomponen, con los prismas de sus gotas, el iris de la luz y son paleta viva del Arte inimitable. Como también en esas deliciosas fuentes caseras, especialmente ideadas por los Musulmanes, en las que el agua es hilo de cristal, serie de gotas, o culebrilla que cruza las estancias, que despiden frescura y que susurra o percute como timbre de cristal, llenando de música sublime, sin distinción, la casa modesta o el palacio, pues el agua canta a la sensibilidad espiritual que no reconoce jerarquías de poder, sino jerarquías de sentimiento.

El agua es salud, además; ella se satura en el interior de la tierra de sustancias curativas, de bálsamos preciosos que producen bien, y observamos que cada día, cada año, cada siglo, gana en extensión y en fe su terapéutica maravillosa, y la Humanidad acude a los sanatorios gratuitos y generosos de las fuentes a buscar curación o alivio de los males a los que los hombres sólo saben oponer el interrogante de su duda.

Ya veis cómo hemos ascendido a una cumbre en el gráfico del agua que significan estas líneas, pero, como todos los gráficos, este tiene también, inevitablemente, su descenso y su cima o abismo, y el libro del Doctor Poncela estaba dedicado a estudiar los abismos que el agua contiene, como contraste de su majestad y de su belleza. Rembrandt sería el único artista capaz de representar bien el alma del agua en sus cuadros, porque fué el Mago de la luz por contraste con la sombra, lo cual significa que el agua podríamos compararla a una bella dama, perfumada y cortés, amable y distinguida, que nos abrazase cariñosamente, llevando preparada, para herirnos, una afilada daga entre los adornos de su corpiño o tras los destellos de la pedería de sus joyas. Lo cual dicho en términos vulgares, significa que no hay flor sin espinas, y que todo día tiene su noche.

★

E L agua es el Universo de un mundo invisible; el mundo de los microorganismos: animalillos y plantezuelas, sexualizados o andróginos, o sean plantas y animales a la vez, o, ni plantas ni animales, seres neutros, de los que nos es muy difícil formarnos idea. En este Universo como en el Universo mayúsculo, los hay buenos, los hay malignos y los hay vacilantes entre el bien

y el mal, tan pronto dispuestos a actuar en un lado como en el otro, en cuyos cambios estriban los más graves problemas y los más tremendos peligros.

La exploración y conocimiento de estos mundos escondidos a la común observación, obliga al Progreso a planear y resolver sus problemas de salubridad cada vez con mayor esmero. El problema del agua es el primero en este caso, pero en su resolución se tropieza, casi siempre, con los intereses creados. Por esto, seguramente, y para poder hablar con toda claridad, el Doctor Poncela simulaba en su libro una conversación «Inverosímil» con los microbios.

Observando al microscopio unas preparaciones de agua llamada potable, oye este autor notable, la voz de los microbios, y al mismo tiempo ve destacarse de la preparación un microbio de etiqueta que le saluda como embajador y le recrimina por su torpeza como técnico. Se entabla debate entre el Doctor y el microbio, y éste achica y anonada al Doctor con sus razones, pues le demuestra en definitiva que los hombres hacen mal generalmente las cosas de higiene por egoísmo, no dando valor a las vidas humanas y menospreciando la felicidad colectiva; no buscando más que vender muchos metros cúbicos de agua, buena o mala, y obtener el mayor interés posible a los capitales empleados en captarla y repartirla, aunque la higiene no sea más que un nombre en el diccionario y la salud pública llegue a índices de mortalidad aterradores en beneficio de los que están en el secreto y disponen de tan inhumano sistema de enriquecerse.

A este propósito, el microbio relata su vida a partir de los lodos del río; su paso por las bombas y tuberías; la risa que le causó el sistema de filtros, y, por fin, su entrada en la vida humana por el grifo de una fuente pública. Seguidamente, su trabajo fecundo en los intestinos, en la sangre, en los pulmones, en la piel de las personas y en otras canteras donde su trabajo causaba estragos enormes. Después hablaba de su salida de los cuerpos muertos, especialmente por la saliva y otros humores, y de las contaminaciones, de su prolífica fecundidad y de las ampliaciones de su industria. Todo ello ilustrado con interesantes grabados.

Quien estas líneas escribe quería reeditar dicho libro, para que el Pueblo lo hiciera propio y lo impusiese como norma a seguir por la sociedad, cuya primera obligación es enterarse de estas cosas, y sobre todo y ante todo, velar por la salud material y moral de sí propia. Fué ilusión pasajera; la oleada del odio y de la Muerte arrastró la generosa voluntad de la Vida.

FE DE ERRATAS

En la conferencia de Mademoiselle Laffranque cuyo texto empezó a publicarse en CENIT N° 116 aparecen ciertas erratas que gustosos rectificamos con esta nota:

En la pág. 3094. Allí donde dice: aunque en un plan de completa igualdad, debe decir: aunque tampoco en un plan de completa igualdad.

En la pág. 3096, en el poema «Ribereñas» hay una trasposición: allí donde dice: Su duro miríñaque

*¡Oh, tu encanto secreto!... tu...
las campanas golpean.*

*debe decir: Su duro miríñaque
las campanas golpean.*

¡Oh, tu encanto secreto... tu...

En la pág. 3097, en el verso, donde dice uno contra otro, debe decir: uno con otro.

★

Con mil excusas de la conferenciante para los tipógrafos y con otras tantas de la Redacción para éstos, para aquella y para los lectores.

El anarquismo científico de Kropotkin

por José PEIRATS

EN toda la obra de Kropotkin campea como una preocupación dominante la idea de dotar al anarquismo de una base científica. Esta preocupación ha sido flagelada por muchos de los nuestros como un resabio marxista por el hecho de ser Marx el precursor del llamado «socialismo científico». En la América gaucha se han cosechado los peores y más severos reparos al anarquismo kropotkiniano como rescoldo de la influencia que sembró Malatesta por aquellos asfaltos y pampas. Toda la literatura anarquista de nuestros hermanos bonaerenses se resiente del enojo a la precisión metódica o, más preciso, al llamado por ellos «anarquismo de laboratorio».

Desde Arango a nuestros días se cultivó por aquellas latitudes un producto emocional o intuitivo emanante del sentimiento natural de justicia que tiene su expresión máxima en el pueblo. El anarquismo es algo como una revelación espontánea por la vía de la injusticia y de su parienta directa la rebeldía. Que haya tenido su asiento en las multitudes sedientas de una mayor fortuna, persistiendo y propagándose entre ellas el fuego sagrado; la fuente de creaciones libertarias que han sido los pueblos de todos los tiempos frente al escepticismo desdeñoso de las clases ilustradas, siempre propensas a genuflexiones y reverencias para con los representantes del Estado, parecen abonar la teoría, darle brios y lustre a la concepción antikropotkiniana.

Sin embargo, hay que situarse en la época de ciertos sucesos para comprender, si no justificar, el punto de partida, el desarrollo y hasta las máximas consecuencias de ciertas corrientes que matizan, amplían y enriquecen el pensamiento ácrata.

El mismo pensamiento marxista no es un producto de laboratorio propiamente hablando. Lo fueron en tal caso el clima y las circunstancias ambiente que concurrieron en darle forma. El marxismo tiene sus antecedentes en el movimiento científico que echó patas arriba por el procedimiento del hacha, los seculares dogmas teológicos.

Las teorías darwinianas, sacadas a colación en «El apoyo mutuo», convirtieron en cantera de osadas especulaciones. Los discípulos de Darwin sacaron conclusiones diametralmente opuestas como, por ejemplo, el marxismo y el individualismo, exaltaciones respectivas de la masa y del individuo.

El materialismo y la evolución, más o menos recortados a la medida de ciertos deseos — debilidad inherente en todo teórico — dictaron las páginas del «Manifiesto Comunista».

Situémonos en la época. Todo se explica por el método. Todo tiene una causa y cada causa tiene su efecto. Todas las baterías apuntan al dogma. El dogma es la revelación y la millagería arbitraria. El prestidigitador religioso tiene que retirarse corrido ante la mirada aquilina del público que escudriña debajo de la mesa y en las bocamangas del operador, en busca del incuestionable truco.

Darwin hace descender el hombre de la remota célula simple, producto de la transformación de la materia or-

gánica: la evolución. Más allá de la célula simple, la materia se diluye siempre en materia. No existe cuartel para el espíritu. Tenemos ya uno de los productos base del marxismo: el materialismo.

Las transformaciones de la materia y la evolución de las especies, se deben a la influencia del medio ambiente que no tiene por qué dejar de ser material en medio de la borrachera material del siglo. Tenemos, pues, otro de los elementos del marxismo: el determinismo. Aplicad estos factores a la historia y el resultado será la dialéctica.

Marx no se encerró en un laboratorio para crear su teoría. La recogió del ambiente, de la calle, de su época. El hombre, movido por el fatalismo o determinismo del ambiente no tiene ideas ni emociones propias. No las necesita. Varios hombres, centenares de millones de hombres sin ideas y sin emociones, forman una masa, compacta, viscosa y pegajosa. Los movimientos de esta masa son las rígidas leyes que mueven la materia bruta, las hojas de los árboles, los vaivenes de las olas, los astros por los confines del espacio.

El sentido de evolución de la materia y de las especies, su orientación hacia formas más complejas y perfectas aparece, sin embargo, oscuro. Si hay progreso tiene que haber selección. Y si existe selección tiene que haber lucha y, como consecuencia, eliminación de los peores. Esta constatación darwiniana da lugar a otra escuela. Una escuela más dinámica, no determinista, pero brutal. Los discípulos de Darwin sitúan la lucha por la existencia como factor de evolución.

Y nace el individualismo de Huxley. El panorama de la vida es el panorama del circo. En él, los gladiadores — los individuos y las especies —, aparecen trabados en lucha mortal por la subsistencia. El más débil, el menos adaptado, es víctima de los brios del más fuerte, del más bien provisto de uñas y dientes. Los fuertes subsisten tras la degollina de los débiles. Y entre los fuertes siempre hay uno más fuerte que impone su derecho a la vida con la muerte de los demás. Y así se escribe el progreso: con la voluntad y la razón de la fuerza.

Los fundamentos científicos de esta teoría parecen inamovibles. Constituyen el derecho de la autoridad y de su sistema político: el Estado. Un economista — Malthus — lumbra del siglo, advierte que no hay esperanza para los que carecen de coraje para la lucha. La mesa se halla repleta de comensales y no hay más que cuatro cochinas tajadas a repartir. Y éstas son, naturalmente, para los que presiden el banquete. Los de los extremos tienen el recurso de morirse de hambre o abstenerse de procrear. No hay término medio ni conciliación posible. Números cantan y a otra cosa. Las conclusiones científicas son artículo de fe. Las lamentaciones, los gritos de rebeldía que brotan del fondo de la conciencia, son pura divagación ideológica. *La libertad y el bienestar para todos* es un mito, un resabio religioso y una blasfemia anticientífica. La única libertad y el único trofeo, consecuencia del paso por encima del bienestar y la libertad de los demás. El único hombre libre

es el superhombre, el campeón individualista de la voluntad de lucha y de dominio. La libertad de los demás es un límite, un obstáculo para la propia. Y el Yo y lo Mío está por encima del Tú y lo Tuyo.

El anarquismo, la aspiración humana a la libertad y el bienestar par atodos los hombres sobre la superficie de nuestro mundo, es un lamento ahogado por voces roncadas que piden pruebas. Pruebas que no sean habilidades de lenguaje ni artificios de retórica. ¡Pruebas! ¡Pruebas! Estamos en el siglo de la ciencia y las pruebas tienen que ser palpables, resistir al ojo inquisitorial del microscopio y al suplicio de los instrumentos de laboratorio. La verdad verdadera es sólo el fenómeno capaz de reproducirse por experimento. Todo lo demás son hipótesis, que en lenguaje político quiere decir utopía.

Un hombre, Kropotkin, vació sobre la mesa del cenáculo una torrentada de pruebas: «El apoyo mutuo»

«El apoyo mutuo» es la demostración científica de que la base de la vida del hombre y de las especies no es la lucha abierta y constante de uno contra todos y todos contra uno;

Que la lucha constante y a muerte, de grupo a grupo y de hombre a hombre, no puede conducir a otra evolución que a la supresión total de la vida de la faz de la tierra;

Que la evolución no se debe a esta lucha de eliminación y su resultado cumbre, la supervivencia del más fuerte;

Que junto a la lucha conflictiva por los alimentos se da el caso, no paradójico ni ocasional, de la comunidad pacífica, del espíritu de asociación y de cooperación.

Que este espíritu de apoyo mutuo entre individuos y grupos constituye el único factor positivo de progreso y de evolución, la garantía de continuidad de la vida y la esperanza de un mundo mejor.

Los trabajos de Pedro Kropotkin volcados en la revista científica «Nineteenth Century», tuvieron la virtualidad de revolucionar la ciencia del siglo XIX, sentar las bases de la moderna sociología y dar una tremenda sacudida al principio de autoridad, a las bases científicas del Estado moderno y de todos los Estados.

ESBOZOS

Aquella vieja...

NO recuerdo el motivo que me llevaba a casa de mi abuela (casi siempre iba sin ninguno): del itinerario sí hago memoria. Por la calle de la Marquesa, a la placeta del Molinerillo. Siempre estaba allí el carro de Mandolín, a no andar rodando, con los tentemozos echados: la herrería de Basilio, grande, ruidosa, como un grande, ruidoso infierno. Antes que taller fué taberna (la del Molinerillo), con su ramo de brezos incesario, porque «el buen vino sin ramo se vende», y en Navarra el vino no se bautiza.

Basilio, de corta estatura, en aquel caserón aparentaba un enano. Todo lo hacía él: encender la fragua, mover el fuelle, despabilar la lumbre y, envuelto en una nube de chispas, machacar el hierro sobre el yunque.

La placeta, pista para el pregón de las «Pandillas»: «Trapos por maravises». Después viene la calle de San Pedro y el Bosquerón con salida al Quiles. Calle de la Fuente, hoy, — ¡ya era hora! — Malón de Chai-de: la mona de don Teodoro el médico hace titeres y nunca se estrella. Donde vuelve la calle empieza una costera — la de los Caracoles — en progresión desde la casa de Grasa hasta las Cuatro Esquinas. Al comienzo de la costera hoy un pequeño trecho sin edificios, a mano izquierda, siendo el primero la Notaría, que hace chafán, con su bajo pretil defensivo. Aquí hallé a una mujer muy vieja dormitando, espantándose las moscas, que sin ser panal de rica miel acudíanle en número de las de la fábula, despabilándola a cada momento.

Le pregunté qué hacía allí, a la hora del calor, sentada; y ella a su vez quiso saber si el portal era mío.

— No, señora.

— ¿Y la sombra, garzón, es tuya?

— Tampoco. La sombra y la luz son de todos.

— ¿Entonces...?

— Yo es que tengo mucha lástima de usted.

— ¡Donosa ocurrencia! ¿Por qué me compadece?

A los siete u ocho años, uno sonríe por saber qué contestar a esta pregunta: sentir se sabe. Llevamos auestas nuestro destino, mas todavía no lo conocemos. Nos atraen los hombres de acción como si hubiéramos de ser luchadores y, por la misma causa, nos miramos en espejo que reproduce parte de nuestra vida futura. En tiempo de las vacas gordas, yo me ocupaba de los pobres, con no haber leído a Luis Vives ni a Máximo Gorki. Leandro postulaba por la parte alta del pueblo, sosteniéndose en las muletas: de puro ayudarse con ellas estaba como hundido en sí propio. El tío Anguarina era un hombracón a quien el mucho y diverso bagaje no le pesaba, gracias a sus buenas espaldas. Melenudo, barbudo, filósofo: cuando le socorrian decía: «Menos peso». Bailaba la zarabanda y por plato ponía en el suelo la chistera ya verde, con que a fuer de caballero, tocábase.

La viejecica no era de la «manga». Estaba desambrida y sin una mala espelunca donde guarecerse. Pusiera a que se había lavado la cara con la aurora y después, en la misma fuente, se habría sacudido las pulgas, por si al perro flaco..., peinándose las canas con un cacho de peine. Los rubores del pañolico encarnado subían a su faz amarilla irisándola y las moscas le acudían de la cara al moñete a derribárselo.

No recuerdo lo que me llevaba a casa de mi abuela: de la vieja del pañolico encarnado que hallé en el camino, sí. Su imagen imborrable va unida a mi simpatía por la pintura de Goya, siendo esta mujer la que me hizo sentir los balbuceos de mi no sé si aciago destino...

PUYOL

El Tolstoi que yo conozco



A primera vez que oí hablar de Tolstoi, muy niño aún, fué allí en el Aragón prudente, con ocasión de una discusión que se entabló en cierta tertulia acerca del origen del trabajo en colectividad. Un amigo muy estudioso nos enseñó una foto en la que se veía el hombre de las grandes barbas y de la larga blusa. Después oí hablar en el teatro social cuando, al representar en escena el «Cristo Moderno», aparece «Resurrección», libro cuya posesión le sirve a Octavio para que su padre, el general Ivanof, le reprenda. Ya más tarde, interesado por todas las cosas tocantes a la religión, la sociología y el antimilitarismo, sentí la necesidad de leer y estudiar la recia personalidad que es en todos estos órdenes León Tolstoi.

¿Cómo iba a ser de otra manera? Sabíamos que la religión era una institución combatida por multitud de tendencias, principalmente aquellas que se caracterizan por su amor hacia una vida racional y humana, donde la ciencia sustituya a la creencia, etc., todo lo que predicaba Tolstoi. Pero era creyente, y en busca de sus explicaciones íbamos porque no concebíamos compatible lo uno y lo otro.

Es pues, por orden de búsqueda que nosotros comentamos hoy el alcance, la personalidad y las ideas de Tolstoi. Empezaremos pues por ...

TOLSTOI RELIGIOSO

León Tolstoi era creyente, fué incluso profundamente religioso. Pero cuando vió que lo más criminal de los actos del hombre (misericordia, guerra y matanzas) era aprobado por la Iglesia, quiso saber si ello podía ser compatible con la doctrina de Jesús y concluyó que «la iglesia era cualquier cosa menos cristiana». Observar y poner en práctica la doctrina de Jesús es más importante que rezar cada día, ir a misa cada domingo, ayunar los viernes y comulgar una vez al año. Todo esto son ritos sin más alcance que las distracciones vulgares. Y decía:

«Estoy persuadido que dentro de unos siglos, la historia de lo que hoy se llama actividad científica, será un motivo bueno de hilaridad y de piedad para las generaciones futuras. Durante varios siglos, se dirá, los sabios se encontraban en un estado de demencia epidémica: se figuraban ser los detentadores de una vida eterna de beatitud y se ocupaban de diversas elucubraciones con el objeto de precisar cómo y por qué dicha vida se realizaría. Pero no se ocupaban en absoluto de lo que podría hacerse para mejorar su vida particular.»

Todo ello por obediencia religiosa, pues la Iglesia predica la doctrina de Jesucristo pero dice que no puede ser practicada aquí abajo. A esta prédica de la Iglesia Tolstoi respondía:

«Por extraño que eso parezca, no puede evitarse el decir que la creencia en una vida futura es una concepción muy baja y grosera fundada sobre una vida confusa de la semejanza del sueño y de la muerte, idea común a todos los pueblos salvajes.»

Por extensión, el catolicismo recibía también dicho calificativo. Tolstoi interpretaba que las doctrinas, y la de Jesús es una, estaban para demostrar su valor moral inmediato.

En sus homelias llegó incluso a negar que el mundo estuviese hecho por un dios, tal como afirman las religiones. Se atrevió a pensar en la manera que él se hubiera comportado caso de haberse tenido que ocupar de semejante tarea. «¿Hubiese sido mejor? ¿Hubiese sido peor? ¿Quién sabe! en todo caso, con el tiempo se hubiera visto.»

En cierta ocasión, como alguien le dijera que era una

gran virtud el amor que se profesaba para con los animales, Tolstoi, realista y sincero, replicó: «Diga usted que mi amor va sobre todo hacia los seres humanos, porque hay que amar a los hombres antes que a los animales. Cada día debemos aplicarnos y ser mejor que la víspera, en todo, por todo y hacia todos.»

Lo chocante en la vida de los hombres extraordinarios es que encuentran exégetas que echan conclusiones lo más dispares posibles; mientras unos consideraban a Tolstoi profundamente religioso, creyente y cristiano, otros lo consideran algo así como el anticristo. Un crítico de renombre comenta la creencia del ruso de la siguiente manera: Tolstoi no hace más que maldecir. Llega un momento en que ya no puede con su alma y el demonio viene en su ayuda, le inspira ideas y le pregunta ¿qué quieres que haga? y la respuesta llegó pronto y fué satisfactoria, pues ya estaba acostumbrado a hablar para gusto y placer del gran sabio de la dialéctica. Los aficionados a la literatura rusa creen en general que el hombre inspirado del diablo era Dostoievsky. ¡Qué grande error! En verdad Dostoievsky vió al diablo pero Tolstoi le escuchó.

Como se ve no hay más que ser un hombre extraordinario para que hasta después de muerto se reciban vapores de todas clases. Tolstoi, santo y demonio a la vez.

¿Santo? ¿caso no se burla de esta «cualidad»? «La santidad es la predicación convertida en comedia».

Niega a la iglesia el derecho a mezclarse en los asuntos matrimoniales. Se sabe que ésta, so pretexto de santificar el casamiento, interviene en él cual si fuese propiedad suya. Y Tolstoi escribe: «Sólo el amor puede santificar el matrimonio». Todo lo demás es comedia. La absurda comedia que diría Fernández Escobés.

Es cierto que no se ponía frente a la religión como idea de principio. La combatía por lo que había llegado a ser en sus tiempos, que son los nuestros. Es antirreligioso por lo que de fuerza mundana tiene todo lo que se encubre tras las religiones. «El cristianismo de los primeros siglos», escribe en «¿Qué es el arte?», no reconocía como arte bueno más que las leyendas, la vida de los santos, los sermones, los rezos y los himnos; todo lo que representaba el amor a Cristo, la admiración

de su vida, el deseo de seguir su ejemplo, la renuncia a los placeres mundanos, la humildad, la caridad y todas las obras de arte que expresan pensamientos de goce, etc. Así era entre los primeros cristianos que concebían la doctrina de Cristo, si no en su forma verdadera, por lo menos diferente de la forma pervertida y pagana que esta doctrina ha revestido más tarde.»

He aquí un texto en el que se ve condenado todo lo que huele a incienso y agua bendita; todo lo que huele a poder y a rito más o menos teatral.

Admite, el célebre ruso, que varios siglos después del advenimiento de Cristo, quizá impulsadas por la corriente de la reforma requerida (luteranos y calvinistas) hubo también gentes que, sin salirse de la religión, tradicionalmente conocida como cristiana, se esforzaban en pro de una vuelta al cristianismo primitivo. Mas, excepción hecha de las clases pobres, los humildes, nadie siguió la orientación emprendida. Ricos como Francisco de Asís se contaron pocos, pues nadie quería hacer el sacrificio de los bienes y privilegios adquiridos para entregarse a una vida de privaciones como corresponde a todo el que intenta vivir del sudor de su frente. «Aceptar el cristianismo era admitir la fraternidad y la igualdad de todos los hombres, lo que quiere decir que anulaba todos los privilegios».

Tolstoi maltrata a Verlaine y a Baudelaire porque encuentra en sus versos una mezcla de patriotismo y de religiosidad, empujando así lo mismo la idea de Dios que la de la Patria. Hablan, dice, como si no hubiera más patria que Francia y como si hasta Dios fuese de nacionalidad francesa. Y eso no es religión verdadera, eso es la prostitución de la religiosidad. Como ejemplo cita de Baudelaire el verso siguiente: *Je ne veux plus penser qu'a ma mère Marie, siège de la sagesse et source de pardons, mère de France aussi, de qui nous attendons inébranlablement l'honneur de la patrie.*

Criticando al arte como profesión y no por inspiración desinteresada, Tolstoi insiste: «Las escuelas profesionales producen un arte hipocrita del mismo género que la hipocresía de la religión que producen los seminarios, las escuelas de teología, etc.»

Reproduciríamos y no acabaríamos las citaciones de los escritos de Tolstoi en las que niega todo valor a lo que actualmente conocemos como religión. Para concluir este aspecto de su gran obra, diremos que él no ignoraba la hostilidad general que por doquier soplaban contra las instituciones religiosas, cosa que da más crédito y virilidad a su posición puesto que sabía que hacía causa común con el resto del mundo areligioso. Prueba de ello lo tenemos cuando dice: «No ignoro que, según una opinión divulgada en nuestro tiempo, la religión es un perjuicio del cual se ha desembarazado ya la humanidad». Y por si ello es poco, retengamos esta otra: «Lo peor para los hombres, no es que ignoren a Dios sino que en su lugar hayan colocado algo que no lo es». «Marchaos, les dice a los curas hipócritas, sois unos corrompidos, os codeáis con el poder y le ayudáis a oprimir al débil, vuestra ley es un insolente engaño y vuestros doctores preparan la mentira».

Creemos haber resaltado bastante la obra de Tolstoi que concierne a la religión para que los que intentan presentarlo como un adepto de tal o cual rito se callen, no fuese más que por respeto a la memoria del que tanto y tan buen ejemplo racionalista dió a la humanidad, al hombre y a la sociedad.

★

TOLSTOI Y LA VIOLENCIA

Sabido es que Tolstoi era partidario de la no violencia. Se sabe también que sus ideas atraían hacia él hombres de todas las latitudes y de todos los medios socia-

les. Sobre esto hizo escuela pero no todos sus discípulos compartían por entero las ideas del maestro. Un ejemplo patente tenemos con la réplica que le hacía vis a vis de la no violencia la señorita Tverski, quien, admiradora del viejo Conde, dudaba de la eficacia que pudiera tener la renuncia al uso de la fuerza. Otra de las cosas que le diferenciaba de Tolstoi es que, enemigo del tabaco, ella encendía un cigarrillo con otro.

—Lev Nicolaevich, ¿se puede dejar de resistir al mal? Había en su voz, dice Kues, un acento muy singular.

—Naturalmente, no hay que resistir al mal con la violencia...

—¿Jamás? En ningún caso. Ya sé que es muy difícil... Muy difícil porque la vida que llevamos, todas nuestras costumbres, la marcha de la humanidad, todo lo que está en oposición con la ley que indica que no debemos resistir al mal. Pero... hay que dar el traje al que te lo pida sin resistencia alguna. ¿Oponernos al mal...? pues eso es lo que hacemos; es lo que hacen todas las sociedades. Estamos siempre en pie de guerra para defendernos. Toda nuestra actitud sobre nuestros semejantes está basada en la defensiva. Defendernos, defenderse, tal parece ser la divisa que hemos adoptado en el momento que entramos a formar parte de la colectividad. Pues bien, yo pregunto ¿acaso esta actitud nos ha librado del mal? ¿tenéis el sentimiento que los armamentos suprimen las guerras?»

Y aquí Tolstoi toca dos temas de la más abrasadora actualidad: la resolución tácita que se toma en cuanto uno se siente, no individuo sino parte integrante de una colectividad, y el papel que juegan los armamentos, consecuencia de aquélla.

¡Admirable espíritu! ¿qué no diría hoy ante la locura de los hombres entregados a la ciencia de la muerte! Y si todo este encadenamiento de males tiene por origen el sentirse «miembro de la colectividad», ¿qué diría hoy Tolstoi del régimen que impera en su país? y ¿qué de los demás países, deslizándose hacia el mismo régimen, etiqueta aparte?

Mas, su obsesión era que la resistencia al mal no suprime a éste, mientras que su discípula opositora mantenía que el no resistir era favorecerlo.

Eterno y difícil problema cuya solución depende más de la situación anímica del individuo que de su formación o disciplina social.

Por frágil que aparezca la defensa que hace de su teoría de la no-violencia, no deja de tener un fundamento sólido e indiscutible: «disponer de un traje, cuando hay otra persona que carece de él, es un privilegio, es una injusticia, es un abuso social». «No hay que esperar a que te lo quite, hay que dárselo. Todo el bien y todo el mal radica en ello.»

Antimilitarista y antiguerrero, admiraba y de cierta forma en él se inspiró, al filósofo African Spir: los dos, oficiales del ejército ruso; los dos, combatientes en la batalla de Malakoff; los dos formando pareja, posteriormente, en lucha abierta contra las guerras, contra toda clase de violencia, venga de donde viniere, aunque bien es cierto que tampoco han censurado, o han censurado menos, encontrando en todo momento atenuantes, a la ejercida por el desposeído frente a los poseedores. Como dijo Larra, crimen por crimen, si es que ha de haber prefiero el del pueblo.

★

LA LITERATURA DE TOLSTOI

La principal y más persistente preocupación de Tolstoi, cosa que se ve a través de todos sus escritos, es la de ser útil. Todos los análisis que hace vis a vis de la sociedad los hace desde un ángulo útil, comprendiendo también en esta palabra lo bello y lo mejor. Exige en todos los estadios de la vida «una función consciente». Abomina del obrero que, predicando paz, trabaja en la

industria de armamentos. Va mucho más lejos, teje mucho más fino, en lo que podríamos llamar esa su «selección de funciones».

Véamoslo en «¿Qué es el arte?», cap. XVI:

«Resulta pues que, en las clases superiores, privadas de la facultad regeneradora que podría provocar un arte verdadero, los hombres crecen y viven sin experimentar sensación de perfeccionamiento alguno; de aquí viene este otro resultado fatal, que no solamente no se esfuerzan por ir hacia el bien y la perfección, sino al contrario, con todo el desarrollo de su susodicha civilización, se vuelven sin cesar, más groseros, más duros de corazón y más salvajes.»

Después, refiriéndose a las consecuencias más funestas que de ello dimanar, dice:

«Es el enorme esfuerzo humano malgastado para obras no solamente inútiles, sino, lo más a menudo nocivas: un desgaste de trabajo y de vida sin ningún provecho que la recompense. Se tiembla al pensar en todas las fatigas y privaciones que soporta buena parte de la humanidad con el solo fin de imprimir durante doce o catorce horas por día libros susodichos artísticos, no teniendo más objeto que el de sembrar la depravación entre los hombres. Con el arte de imprimir entra el teatro, los conciertos, las exposiciones. Pero lo más horrible es ver esos muchachos, tan bellos, llenos de vida, inclinados al bien, que están sacrificados desde que salen de la cuna, unos para tocar música, otros para bailar, otros para cantar, otros para dibujar como antiguamente o según el desnudo, otros para escribir frases vacías de sentido pero según las reglas de cierta retórica. Año tras año, los pobres muchachos van perdiendo, en esos ejercicios criminales, todas las fuerzas físicas e intelectuales, toda su aptitud y poder de discernimiento para comprender la vida.»

Depravados moralmente, inútiles en todos los conceptos, sólo son buenos para divertir a los ricos.

¡Lástima que la humanidad ignore tanto y esté tan alejada del sentido realista de estas palabras!

¿La literatura de Tolstoi? Es realista hasta en sus consecuencias puesto que, en virtud del testamento dejado, no han aprovechado en nada a los hijos ni familiares de éste. Como prueba tenemos la declaración de Tania, una hija, según la cual, ya en el destierro, vieron anunciada en el cine «Ana Karenine» y no pudieron entrar a verlo porque no disponían de bastante dinero, agregando: «Me pregunto qué hubiera dicho papá viéndome barrer el piso sin disponer de dinero para ni siquiera comer aquel día, y todo ello cuando los editores y productores se enriquecen con sus obras.»

¡Triste verdad! ¡Inicia sociedad sobre la que hasta las piedras claman revolución social!

Toca en sus escritos el problema sexual del hombre y lo define y concluye con un rigor de acero. Este aspecto se encuentra sobre todo tratado en «La sonata a Kreutzer», libro de tesis por excelencia aunque al leerlo parezca hecho para saciar, precisamente, un temperamento satírico y hasta demencial. En él se mantiene:

1º Es falso que una vida sexual intensa sea buena para la salud. Falso, falso. Una mujer debería darse al hombre solamente para tener hijos, es decir teniendo en cuenta el amantamiento, o sea, cada dos años. El hombre debería pues de contentarse con ello seguro de que ninguna molestia le provocaría al organismo.

2º Cometemos un grave error de camuflar bajo el manto poético, lo que de animal tiene el amor físico; quien esto hace es cerdo pero no poeta; bueno es que lo sepamos.

3º Que el valor atribuido al amor y a la mujer, en tanto que medios de placer, es la causa principal del lujo y de la holgazanería; el amor carnal no tiene nada de sublime; es todo lo contrario a una cosa sublime.

4º Que esta perpetua exaltación de los sentidos, la

lectura de los romances y de los poemas que tratan de este amor, conduce necesariamente al adulterio y a los celos.

Hay quien ha creído que «La sonata de Kreutzer» era una crítica de su propia vida conyugal, cosa que Tolstoi negó. El libro obedece, dice, a una carta que le envió una mujer esclava en la que trataba el tema de la esclavitud femenina por el deber sexual.

Esta sinceridad de Tolstoi se encuentra a cada momento y tras cada uno de sus escritos. Una llamada de luz le fué dada también con «Los miserables», de Victor Hugo después de cuya lectura Tolstoi tuvo la idea de analizar la historia y hacer de ella una filosofía (1). Sus teorías no son más que deducciones y conclusiones sacadas de la historia. Algunos juzgan mal a Tolstoi, precisamente por eso, por haber querido enlazar estrechamente la filosofía y la historia; le atacan so pretexto de que la filosofía deja de serlo en cuanto puede ser explícita. Nosotros decimos: a los pensadores no se les juzga, se les acepta o no, y nada más.

Sus personajes de novela también llevan rasgos de las personas y de los hechos cercanos a Tolstoi. Natacha Rostov, de «Guerra y Paz», lleva un poco de Tatiana Bers, su cuñada: coqueta, brillante, caprichosa; otro poco de Sonia, su esposa. El mismo lo afirma: «He cogido a Sonia, la he machacado con Tatiana y ha salido Natacha».

Y eso es una gran verdad. Los protagonistas de un romance son mitad y mitad genio y talento del autor.

Respecto a la ciencia, también opina teniendo en cuenta las necesidades sociales inmediatas: «Sí, los hombres tardarán en aprender lo que yo sé. La cantidad de hierro y el nombre de los metales en fusión que contiene el sol y los astros podrá determinarse pronto; en cuanto a divulgar las causas de nuestro estado porcino, es difícil, terriblemente difícil».

¿Qué diría hoy ante la serie de ciencia empleada para cosas ajenas a los intereses reales del hombre y de los pueblos? ¿Qué diría del arte que nadie comprende llamado, véte a saber por qué, cubismo? ¿Y de los aparatos que van a la conquista del espacio cuando tantas cosas están por arreglar en la tierra?

Recordamos que Tolstoi fué ferviente esperantista. El hecho se explica, pues, que en todas las actividades de la vida quiera lógica y racionalismo. En los idiomas corrientes veía mucha imperfección. Estaba convencido de que «las intenciones de un escritor están traicionadas por la escritura». Hasta en la literatura más concreta y directa veía palabras inútiles, líneas superfluas, explicaciones innecesarias, etc. Era exigente en sumo grado requiriendo siempre textos fáciles y ligeros. Aborreía los detalles. Poco o mucho, solía decir, todos los escritos son falsos vis a vis de la esencia del pensamiento. Las ideas escritas reservan siempre alguna sorpresa. No sé quién sobre este tema dijo que lo publicado valía menos que lo pensado. Todo, todo, colabora para que el pensamiento sea traicionado.

Contrariamente a lo que se ve en muchas personas, Tolstoi dice que a nada hay que dar valor absoluto, ni siquiera inmutable. ¿Acaso no vemos, por ejemplo en el cine, que del mismo episodio, drama, lección o narración, se sacan conclusiones diferentes según se examina en tal año o tal otro? Así ocurre en la literatura. Para ejemplo recordemos a Diógenes y Alejandro tratándose mutuamente de miserables. No es extraño que cada hombre sea interpretado como les plazca, a los in-

(1) Según algunos críticos, «Los miserables» fué un libro que hizo más que todo eso. Tolstoi, en 1863, estaba inclinado por volver a la carrera militar y al leer la gran obra de Victor Hugo renunció y se puso a escribir. (N.D.L.R.).

tereses o conceptos del intérprete, que así de limitado es nuestro poder. Tolstoi lo sabe y aun sin citar la frase no olvida que «en este mundo ladrón... etc.»

No estudiemos la literatura de Tolstoi desde el punto de vista estético, más bien, cual si se tratase de un hombre de la Grecia antigua en lucha contra un mundo falso, pura vida hipócrita y una existencia ficticia.

★

TOLSTOI SOCIAL

Si seguimos todas las manifestaciones de Tolstoi encontraremos que sus conceptos se emiten con una religiosidad que no da lugar a dudas. Quizás con demasiada seriedad, cosa peligrosa, pues que bien se sabe lo mucho que caracteres así han sufrido y han llegado a desesperarse por no admitir, incapaces que eran, un grano de broma en su vida diaria.

De todo es necesario para hacer un mundo, y el de Tolstoi no escapa a la regla. La diferencia, y grande, que se encuentra en el suyo con el de la generalidad de los humanos es que éstos no tienen otra ambición que la de buscar riquezas, aquél desprenderse de ellas, dejar de ser un privilegiado, ser hombre honrado.

Esto fué una obsesión motivo por la que empezó incluso a romper con su esposa. No hay otros motivos más fundamentales que esto. El mismo lo declara: «Te quejas, le dice a su esposa, del poco calor que pongo en nuestras relaciones, pues bien, la causa consiste ante todo, en mi intención de alejarme cada día más de los intereses de este mundo y mi repugnancia por ellos mientras que tú no quieres y no puedes renunciar, porque tú no sientes en el alma los principios que me han conducido a mis convicciones...»

Principios, ideales, convicciones y el empeño de ponerlos en práctica, empeño que todos deberíamos tener. Otro pelo le luciría a la humanidad si todos los que se apellidan idealistas, progresistas, etc., realizaran una parte de lo que confiesan.

«Las intrigas de este mundo me espantan», declaró en cierta ocasión. En una carta dirigida al zar le decía: «... Usted está en el cruce de la vida; un poco más y, si el triunfo pertenece a esas personas que dicen que las verdades cristianas no son buenas más que en palabras y que en la vida debe derramarse sangre y reinar la muerte, usted entrará en el reino de las tinieblas, de las razones de Estado, que justifican todo, incluso la violación de la ley divina».

No conversaba solamente con los allegados y discípulos, dialogaba con todos, como deberíamos hacer siempre, con la idea fija de que dentro de cada piel puede surgir un hombre verdadero con tal de que se le enseñe el camino.

En las responsabilidades políticas, en los crímenes contra el pueblo, Tolstoi no limita al jefe, ella es compartida por todos los que participan, desde el más alto al más bajo. En «Resurrección» todos, el director, los guardias, los funcionarios, la mayor parte de buen corazón e inofensivos, se han convertido malos únicamente porque cumplen su servicio de Estado... ¿Cómo es posible, se pregunta, que lleguen a cometer tantos crímenes sin que su conciencia se conmueva?

Y aquí Tolstoi hace profesión de fe anarquista y concluye: «La razón de Estado, amigos, la razón de Estado».

Condena la propiedad y el derecho de herencia de una manera tajante y categórica. Refiriéndose a la discordia de su hogar, escribe: «Todas esas cosas que guardan relación con el dinero, con la economía, con la propiedad, con los derechos de autor, son cosas sucias...»

Sobre las clases adineradas, la alta sociedad, eso que en estos mismos días se conoce por la «dolce vita», lanza el juicio condenatorio siguiente: «... Si se considera la vida de la alta sociedad tal como es, con toda su

desvergonzada falta de pudor, terminariamos por apercibirnos de que la mencionada sociedad no es más que un enorme prostíbulo, ninguna diferencia entre sus mujeres y las rameras».

Mas, no debemos extrañarnos de sus concepciones y de su lenguaje, lo mismo respecto a la degeneración de las clases adineradas como de la ley de propiedad, etcétera. ¿Acaso no era lector asiduo de Proudhon, a quien tanto estimaba? Muchas de las ideas sociales, por lo menos en esencia, eran recogidas y adoptadas del autor de «¿Qué es la propiedad?»

De Proudhon y de la interpretación social que daba a la doctrina cristiana sacaba los argumentos suficientes para detestar bienes y dineros. Tolstoi pensaba que era un deber distribuir sus bienes a los campesinos, renunciar a sus derechos de autor y después vivir pobremente.

Es más, analizaba el derroche de energías que se hacen en industrias y trabajos superfluos y decía: «En todas las poblaciones grandes se construyen enormes edificios para museos, academias, conservatorios, salas de teatro y conciertos. Centenares de millares de obreros — carpinteros, albañiles, pintores, tapiceros, sastres, peluqueros, impresores — se agotan durante toda su vida en duros trabajos para satisfacer las necesidades del arte del público, hasta el punto de que no hay otra rama de la actividad humana, salvo la guerra, que consume cantidad tan grande de energías humanas».

En la propia biblia encontró fundamentos para enfrentarse con la sociedad burguesa y la explotación del hombre: fraternidad, e inmediatamente la igualdad de todos los hombres; esa es su condena y su combate social, de ahí la hostilidad con la que trataba a la religión.

Cuando ha combatido al arte — como medio reservado a divertir a las clases dirigentes — lo ha hecho precisamente teniendo en cuenta los sacrificios que exige principalmente a aquéllos a los cuales ninguna diversión alcanza. «El arte que ellos (los amos de la hora, gobernantes, propagandistas, críticos) defienden, tiene como condición necesaria la opresión de las masas, y no podrá durar más que manteniendo esta opresión».

Condena inexorablemente a las clases ricas. Sobre vivir sin trabajar, principal delito, las califica de torpes, de incapaces, de seres dañosos: «Los sentimientos en los poderosos y los ricos, que no tienen ninguna noción del papel que juega el trabajo en la vida, son más pobres, más limitados y más insignificantes que los sentimientos naturales del hombre que trabaja».

No se conforma con ello y un poco más lejos vuelve a la carga contra los ricos, los pudientes. Para Tolstoi el rico es mitad vanidad, mitad lujuria. La vida del obrero, dice, tiene dos emblemas: «Trabajo y producción». La del rico «Destrucción y consumo» de lo que otros han producido.

Tenia tan profundamente arraigado el deseo de ser útil y de que todos los hombres se ocupasen en tareas que subvinieran a sus necesidades, por ley de compensación equitativa en cualidad, que en una ocasión, su hijo mayor Sergio se presentó a él y le dijo: «Papá, he terminado mis estudios en la Facultad y he salido sobresaliente en los exámenes». — «Muy bien, hijo, ahora ya sabes lo que te toca: sé útil, ve al campo, aprende a sembrar y a segar y después, siembra y siega».

He ahí estampado en estas cuartillas el Tolstoi que yo conozco, el que, a pesar de sus debilidades originadas por su ascendencia más que por su inclinación personal, formará parte del linaje de hombres célebres y gloriosos, intérpretes de la verdadera vida, propulsores del carro del progreso, ese carro que los zares y caudillos de todos los colores no pueden eliminar y que conduce a la humanidad hacia el bienestar de perfección.

J. ALAUDE

LA VIDA Y LOS LIBROS

«LA CRISIS ESPAÑOLA DEL SIGLO XX» (1)
por Carlos Rama

(Continuación)

LOS PARTIDOS POLITICOS Y LAS ORGANIZACIONES SINDICALES

SURGE a la vista que la situación de Cataluña preocupa en primer plano la política nacional, no solamente en los años republicanos sino mucho antes, desde 1870. Para cerciorarnos de ello Rama señala varias etapas políticas caracterizadas por: 1º, el proyecto de Constitución Federal de la República presentado en 1873. 2º, diez años más tarde, 1883, las resoluciones de la Asamblea del Partido Federal Catalán, etc., hasta once aspectos más que termina con la Constitución provisional de la República catalana de 1928. Todo relacionado con el catalanismo y que bajo formas a veces contradictorias, iba tomando cuerpo en la conciencia nacional, por lo menos en la esfera política, y esto con mucho más acritud y persistencia que los problemas regionales de Galicia o Vasconia, que en parte eran reflejo de los suscitados por Cataluña.

Es digno de tener en cuenta que en el inicio, son las clases adineradas catalanas, gallegas y vascuenses las que reclaman esa vuelta al regionalismo, aunque con matices diferentes en cada región.

Además de los partidos dinásticos, el izquierdista que más se opuso a esa corriente de desgajamiento político, fué el de Pablo Iglesias (P.S.O.E.) fundado en Madrid en año 1878, y la corriente socialista de todas las tendencias. Ya veremos más tarde el papel jugado por los Sindicatos.

En cuanto a los hombres que por su inteligencia y acción, al margen de toda etiqueta, también influyen en el ambiente, el que más hondamente ha calado, según dice Rama en este libro, es Ortega y Gasset con su «Rebelión de las masas» y «España invertebrada», que forman, dice, «como una suerte de breviario» de los españoles, principalmente de entre los de la clase media. Opinión que todavía vale para hoy día, aunque hay escritores jóvenes de renombre en España que no tienen la misma opinión, por ejemplo, Goytisolo.

Sabido es que el advenimiento de la República fué el resultado de una conjunción. Eso que llaman «opinión pública» participó con todas sus consecuencias para que la corona rodara por tierra. Carlos Rama, haciéndose eco de la tesis mantenida por Simone Comen afirma concretamente: «El advenimiento de la República, que marca la iniciación de la revolución española del siglo XX, se logra el día en que se pone en juego la alianza

política de las clases burguesa y media con los obreros encuadrados en las organizaciones socialistas y anarcosindicalistas.» Noticia que todavía queda sin aclarar y aprovechamos esta ocasión para preguntar otra vez: ¿Hubo o no hubo representación de la C.N.T. en el pacto de San Sebastián? Pregunta que hacemos porque a pesar de ser una cosa que hace tiempo nos intriga y que buscamos indicios que confirmen y expliquen el problema, no hemos podido dar con ellos.

A nosotros, los anarcosindicalistas, nos interesa mucho saber lo que dicen y cómo razonan los hombres que no han negado los fines sociales nuestros pero dicen querer llegar a ellos por conductos diferentes. Entre éstos se encuentra en primer lugar el Partido Socialista y sus hombres. Bueno, pues en las páginas 165 y 166 de «La crisis española del siglo XX», Rama nos ofrece todo un poema en el que deja hablar a Largo Caballero y a Luis Araquistain, relevantes figuras de dicho Partido.

El mismo detalle inapreciable encontramos sobre el Partido dicho Comunista, por boca de Uribe, en la página 282.

LOS SINDICATOS

Excepción hecha de Francisco Pi y Margall, los políticos españoles no han querido ver en el Estado un monstruo que había de desmembrar. La idea del Estado fuerte vino a ser reforzada por la interpretación que de la sociedad tenían los socialistas desde Pablo Iglesias a Rodolfo Llopis pasando por Fernando de los Ríos. El mismo Ortega y Gasset, que en esto es krausista redomado, requiere un gobierno fuerte, «bastante independiente del parlamento, recomendando además que éste sea «magro y sobrio y que su intervención en la vida del Estado se reduzca». Algo así como ocurre en algunos países europeos, por ejemplo, Francia, con la V República.

Repetimos, pues, que sólo clarísimos hombres políticos animaban la idea de desmembrar el Estado. Ellos y los sindicatos afectos a la Confederación Nacional del Trabajo. Esta disparidad de interpretación en cuanto a lo que ha de ser vida social de un pueblo, las leyes sociales promulgadas por los republicanos y el fracaso de la legislación agraria, condujeron al divorcio casi absoluto entre pueblo y República. Y Rama muy objetivamente dibuja la situación de impotencia en que se encontró esta: por un lado el fascismo, las clases adineradas, militaristas y clericales, que desconfían de la República y continúan siempre siendo monárquicas, y por otro, el pueblo, que ya no considera suyo el nuevo régimen. Poco a poco el movimiento obrero, con la C.N.T. en cabeza, se va radicalizando y de las hondas discrepancias entre los trabajadores y los republicanos saben aprovecharse los enemigos de unos y de otros. ¿Faltó paciencia a los obreros? Posiblemente, pero... el hambre no

espera. ¿Faltó inteligencia y fe republicana a los gobernantes de la República? Seguramente, pues que ni ellos mismos esperaban la bandeja republicana que llegó el mes de abril, ni estaban preparados para conducir el barco español como requería aquella República... escasa en republicanos.

Superficialmente considerado parecería que la C.N.T., por ejemplo, aun siendo nacional, o la F.A.I., que es peninsular, podría converger y coincidir con los movimientos regionalistas ya que en fin de cuentas todo iba dirigido contra el poder del Estado. Sin embargo no es así, el carácter federal de la interpretación anarcosindicalista o anarquista no tiene ninguna similitud con el federalismo que resultaría de un triunfo político de los catalanistas, galleguistas o eúskaros. Y a Rama no se le escapa tal diferencia, al contrario, la remarca con una claridad que no da lugar a dudas. Pudo la C.N.T. haberse sumado a alguno de estos movimientos y corrientes y no lo hizo. Ni siquiera se le ocurrió examinar tal coyuntura. ¿Qué importa que el Estado español fuese parido por los Reyes Católicos? La clase trabajadora debe de estar por encima de esos altibajos políticos y trabajar para que la revolución social emancipadora tenga lugar en el más breve plazo posible. Tal era la idea fundamental de los trabajadores españoles. Y el profesor Rama concluye: «El anarquismo español es una de las fuerzas más originales del mundo contemporáneo, y sin su conocimiento resulta indescifrable buena parte de la historia de la España reciente».

Este aparece en la península hacia 1868 con el viaje de Fanelli a España. La Federación de Trabajadores de la Región Española cuenta en 1885 con 57.000 afiliados. Y partiendo de aquí, poco a poco, el lector de este libro va encontrando la imagen de lo que fué desarrollo y lucha del pueblo trabajador ibérico, cuyo más alto exponente fué el Movimiento anarquista.

Así vemos a la C.N.T.-F.A.I. enfrentada con Primo de Rivera, con Maura, etc., hasta el 36, en que todo fué

poco para la batalla que puso frente a frente dos mundos antagónicos, dos civilizaciones: por un lado, los que tienen todo sin producir nada, es decir, la hez de la tierra, y por otro, los que nada tienen y producen todo, es decir, la parte honrada de la humanidad.

Cita muy particularmente el dilema político y de consecuencias graves que se les plantea a los sindicatos de la C.N.T. en vísperas de elecciones, absteniéndose unas veces, votando otras, y votando incluso a hombres y partidos diferentes, según región e individuo. Aspecto éste, profundamente social al cual Rama alude ligeramente.

Terminamos aquí nuestro comentario, sin que hayamos agotado los temas que toca ni mucho menos, ya que analiza muy detalladamente, ya lo dijimos, hombres, partidos y zonas regionales con gran detalle. Leyéndolo uno se pasea por Castilla, Aragón, Cataluña, Galicia, Vasconia, Portugal, Gibraltar, Marruecos, Andorra, etc.

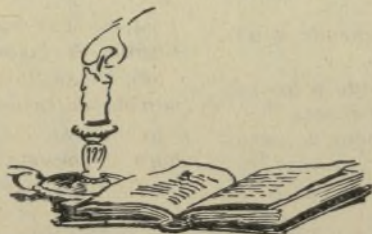
En cada región se detiene con personas de relieve, escritores, sociólogos, profesores, profesionales políticos, militares, sindicalistas, filósofos, anarquistas, etc.

Y a pesar del desliz que ha cometido cuando afirma que la «Columna de Hierro abandonó el frente», el libro es magistral y aleccionador, de muchas enseñanzas para todos, muy recomendable a propios y extraños, principalmente a los lectores de CENIT, siempre en busca de referencias históricas de la vida y de la sociedad.

En nombre suyo felicitamos efusivamente a su autor profesor Carlos M. Rama.

M. CELMA

*En esta rúbrica comentamos todos
los libros cuyos autores o editores
nos hagan llegar dos ejemplares*



MICROCULTURA

540. — Se llama *pleurodinia* al dolor de músculos de las paredes del pecho.

541. — Al charco que se forma de un arroyuelo se le llama *regajo*.

542. — La «sacarimetria» es el procedimiento para determinar la proporción de azúcar contenida en un líquido.

543. — Al que tiene los ojos azules se le llama «ojizarco».

544. — La «perageusia» es la perversión del gusto.

545. — Leonardo da Vinci, en 1490, proyectó los primeros aviones.

546. — Fotografías aéreas de color en zonas montañosas y boscosas sudamericanas se emplean para obtener indicios directos de depósitos de minerales.

547. — El nylon con resistencia suficiente como para reemplazar el acero en muchos productos, está siendo usado en la fabricación de armazones de anteojos para el sol.

548. — Una «peguera» es un hoyo donde se quema leña de pino para sacar de ella alquitrán y pez.

549. — Al que habla cinco lenguas o a lo que está escrito en cinco idiomas, se llama «*quingüingüe*».

550. — Pappo, en el año 360 A.C., fué el precursor del cálculo infinitesimal.

551. — Sadko era el héroe de los cantos antiguos eslavos.

552. — Se entiende por «desbornizar» arrancar el corcho virgen de los alcornoques.

553. — La «carimba» era una marca que con hierro candente se ponía a los esclavos.

554. — Un avión cuadrimotor moderno tiene más de dos mil válvulas electrónicas.

555. — Más de dos mil millones de toneladas anuales se consumen en el mundo de combustibles fósiles.

556. — Se espera botar en 1960 el primer barco mercante de propulsión atómica.

557. — El paludismo infecta alrededor de 250 millones de personas al año.

558. — Un millón de árboles se plantaron en 1957 en los Estados Unidos.

559. — Materia vegetal dañada puede envenenar el aire con monóxido de carbono.

560. — Un nuevo aparato automático permite a los médicos obtener radiografías secas en sólo 6 minutos.

561. — Se estima en 136 millones el número de personas que en el mundo hablan español.

562. — «Otelo» es la famosa obra de Shakespeare en donde Desdémona es la heroína.

563. — El 24 de mayo de 1844 se cursó el primer telegrama de Morse.

564. — El túnel más largo del mundo es el Simplón, de doce millas y media de largo, va desde Brig (Suiza) hasta Iselle (Italia).

565. — En 1915 fué hundido el paquebote «Lusitania» por un submarino alemán.

566. — La isla de Samoa está en el Océano Pacífico.

567. — Se ha desarrollado una técnica para lanzar el aire caliente del motor sobre los parabrisas de un avión a fin de mantenerlos libres de lluvia.

568. — Desde 1920 el total de la población de Canadá se ha doblado y se calcula que para 1970 tendrá posiblemente 22 millones.

569. — La mayoría de las plantas de flores anuales florecen durante más tiempo y más profusamente si se les quitan las flores viejas impidiendo así que se produzcan semillas.

570. — La ciudad de Módena está en Italia.

571. — El más destacado arquitecto norteamericano es Frank Lloyd Wright.

572. — Un «arancel» es una tarifa aduanera.

573. — A una situación muy grande y confusa se le llama un «*mare magnum*».

574. — La Grand Central es la estación ferroviaria más importante de Nueva York.

575. — Los «colibrícos» son una familia de serpientes que incluye a la culebra.

576. — Franz Schubert compuso nueve sinfonías.

577. — El país del mundo que ocupa el segundo lugar en cantidad de teléfonos por cabeza es Suecia, con 31 teléfonos por cada cien habitantes.

578. — La ciudad más importante de Alaska el Anchorage, con 11.500 habitantes.

579. — El icinoscopio es un aparato para explorar imágenes que se emplea en televisión.

580. — La ópera «La Flauta Mágica» fué compuesta por Wolfgang Amadeus Mozart.

581. — En 1888 fué inaugurada la torre Eiffel.

582. — El doctor Edward Jenner fué el sabio inglés que descubrió la vacuna.

583. — En 1859 se excavó el primer pozo de petróleo y lo hizo Edwin Drake.

584. — En su tercer viaje, Cristóbal Colón desembarcó en Venezuela, cerca del río Orinoco, el 1 de agosto de 1498.

585. — Las cataratas de Toquendama están en el río Bogotá, de Colombia.

586. — Se llama «patogénesis» al origen de una determinada enfermedad.

587. — La cucaracha viene habitando la tierra desde hace 40 millones de años.

588. — El aire se libra de impurezas por la fuerza de la gravedad, el lavado de las lluvias y las reacciones de la química atmosférica.

589. — Hay indicios de que las personas agitadas y desdichadas pueden sucumbir al cáncer con más facilidad que las personas tranquilas.

590. — Los papeles tratados con tintes fluorescentes pueden ser de un blanco purísimo.

591. — En 1619, los ingleses Ramsay y Wildgoose sacaron la primera patente de automóvil.

POETAS DE AYER Y DE HOY

I

ECCE HOMO

*Seminarista, de Antinco prendado.
Presidiario en Ocaña. Aventurero.
Nada he tenido, ni tampoco espero.
Fui en Alessio y Escúteri soldado.*

*Camino por mi senda sin codicia:
todas las bocas saben a lo mismo;
todo lugar, cantera de egoismo,
y, en todas partes, muada la justicia.
No me desvela el juicio de la gente.
No curo del mañana ni el presente.
Bebo para olvidar... Siempre la garra
de la Calumnia al cuello, sin fortuna,
muerta la fe, sin ilusión ninguna
y, en la mano, una bala, como Larra...*

II

EL INDICE ROJO

*No te envidio la grasa, los fámulos, la hacienda,
la hepalandia grotesca de color escarlata,
ni el hermoso palacio que tienes por vivienda,
ni el capelo romano, ni la vieja «Vulgata».*

*No es preciso que vivas como Juan el Bautista,
ni, lo mismo que Onofre, te deshagas en llanto:
tu pectoral conserva, tu anillo de amatista,
tu báculo de plata, tu careta de santo...*

*Mas, con el rojo índice te señala el destino...
Cuando envuelto en las sábanas de finísimo lino,
descansas, en la noche, de tu leve jornada,
en la piedra más dura de tu propio palacio,
lentamente, sin ruido, despacio, ¡muy despacio!,
el Pueblo, que no duerme, saca filo a la espada...*

III

TERESA

*Lejos de la ciudad. Cae la tarde. La hoguera
de los cielos enciende mi viejo corazón.
Tira el sol una flecha contra cada viñera.*

*Un momento la vida se ha trocado piadosa:
llegas tú y, con la tarde, mis angustias se van...
Quiero ofrecerte un lindo soneto, y una rosa,
y un cuenco de agua clara, y una hogaza de pan.*

*Entre mis brazos trema tu cuerpo, dulcemente...
Ya las sombras envuelven la ciudad y, en tu frente
resplandece la aurora de una eterna promesa...*

*Se encienden las estrellas. Cada estrella es un verso
que sin palabras canta. Y en el ancho Universo
se escucha esta palabra — sin palabra — ¡Teresa!*

PEDRO LUIS DE GALVEZ

Ediciones «CENIT»

«Marx-Bakunin», por Brupbacher (agotado)	
«Ideario», de Ricardo Mella (agotado)	
«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el profesor José Oiticica ..	0,60 NF.
«La Grecia Libertaria», por Han Ryner	0,80 NF.
«El fascismo en la ideología del siglo XX», por Carlos M. Rama	1,60 NF.
«Antología libertaria», Varios	1,70 NF.
«Frente al público», por S. Faure	1,40 NF.
«Orientación anarquista», por J. Grave	1,20 NF.
«El problema de la enseñanza», por Mella y «Nuestra ignorancia», por J. Prat	0,60 NF.
«La religión y la cuestión social», por J. Montseny	0,30 NF.
«La lucha por el pan», por R. Rocker	0,70 NF.
«Breve historia de la Anarquía», por Max Nettlau	1,80 NF.
«Hellen Key o la libertad de amar», por S. Valentín Camp	0,90 NF.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería:

« CNT », 4 rue Belfort, Toulouse